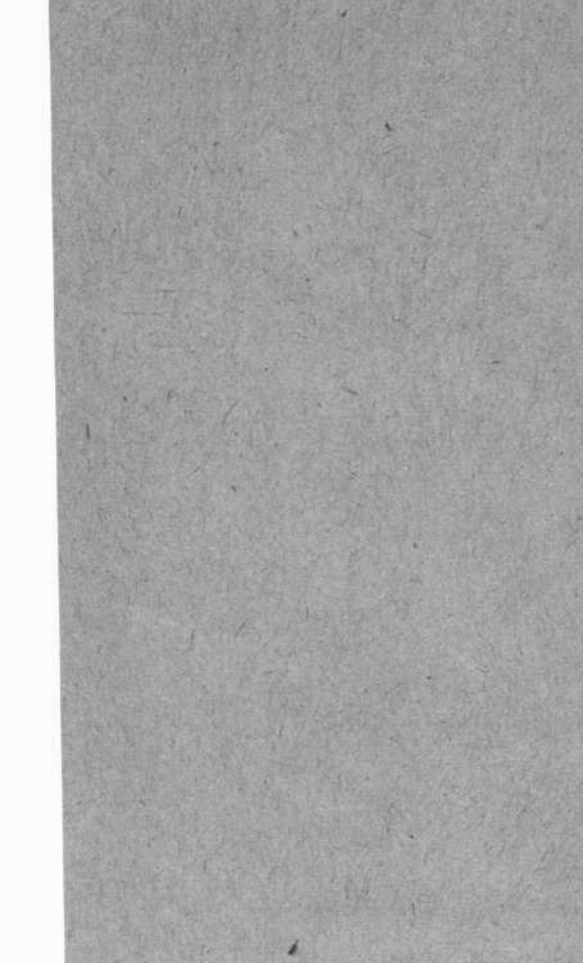


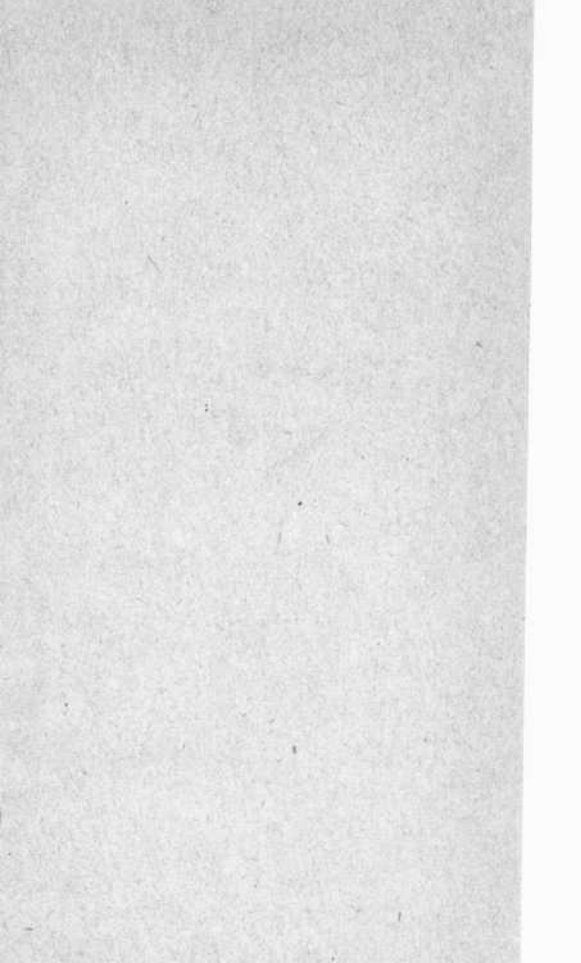
BIBLIOTECA
UNIVERSAL

BIBLIOTECA
UNIVERSAL











BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS

NACIONALES Y EXTRANJEROS

—
TOMO CXIV
—

VIRTUD AL USO Y MÍSTICA Á LA MODA

POR

D. FULGENCIO AFAN DE RIBERA

—
LA VENGADA A SU PESAR

Y

ARDID DE LA POBREZA,

por **Andrés del Prado**



MADRID

—
DIRECCION Y ADMINISTRACION

Madera, 8, bajo

1887

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLLECCION

DE

MEJORES AUTORES

ASTURIOS Y MODERNOS

TOMO LXV

ESTUDIO ALUSO Y MEXICANA A LA LUNA

DE LA LUNA

LA YENEGADA A SU TESTA

DE LA LUNA

DE LA LUNA

DE LA LUNA

DIRECCION Y ADMINISTRACION

DE LA LUNA

VIRTUD AL USO

Y MÍSTICA Á LA MODA

DESTIERRO DE LA HIPOCRESÍA,
EN FRASE DE EXHORTACIÓN Á ELLAS;
EMBOLOMO MORAL,
EN EL QUE SE EPACTAN LAS AFIRMATIVAS
PROPOSICIONES EN NEGATIVAS
Y LAS NEGACIONES EN AFIRMACIONES,
POR

D. FULGENCIO AFAN DE RIBERA

A LA SRA. DOÑA ANTONIA MANRIQUE DE LARA

PRIORA DEL ILUSTRÍSIMO CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN
DE LA CIUDAD DE ÁVILA

Señora:

DESDE que vuestra señoría me elevó á la honra de nombrarme por mayordomo de las más preciosas alhajas de su convento, ha vivido avergonzado mi agradecimiento por haber carecido de ocasiones en que darse á conocer. Con el motivo de mi ministerio

he merecido disfrutar el apreciable frecuente trato con vuestra señoría, y aunque su elevado juicio es insondable por mi tan limitado talento, he llegado á comprender que reside en vuestra señoría cierto sidérico númen de distinguir espíritus, como también facilidad en la comprensión de genios, con no sé qué especie de ceño á todo lo que huele á superficiales inanimadas exterioridades. Pero ¡cómo no ha de saber distinguir de espíritus quien desde edad de tres años le tuvo, como si al tres se le añadiera un cero, para dejar un suntuoso palacio por la estrechez de una celda, trocando los ricos brocados por una humilde estameña; renunciando dilatados dominios por una ciega obediencia; sujetándose á ser mandada la que dejaba estados donde sería obedecida, admitiendo preceptos en lugar de vasallos! Bien conocidos son en la Europa los altos heróicos timbres de los señores condes de las Amayuelas, de quien vuestra señoría es hija legítima, cuya delineación, si yo la emprendiera, pudiera tener visos de agravio, pues era como in-

tentar poner coto á lo noble, y agotar un océano que forma sus crecientes de arroyos de sangre real, con que se ceban sus venas.

Luego que vuestra señoría llegó á la requerida edad para ser priora, fué electa por tal, con universal aceptación de todo el cuerpo del capítulo; y de tal modo desempeñó las obligaciones de su oficio, batiendo las dos alas de religiosidad y prudencia, que siendo estatuto y ordenación pontificia de ese convento que ninguna priora pueda ser reelecta, acudió esa ilustrísima comunidad con reverentes súplicas á la Silla apostólica, pidiendo dispensación para poder reelegir en priora á vuestra señoría, la cual obtenida, en su virtud ha sido vuestra señoría reelecta muchas veces hasta hoy, sin que sus súplicas á los prelados hayan sido bastantes para exonerarse del yugo de la prelación, teniendo presente los señores prelados que en la persona de vuestra señoría tiene ese ilustrísimo convento una digna sucesora de santa Teresa de Jesús, manteniendo en su punto

la regular observancia que dejó planteada aquel abrasado serafín, antecesora de vuestra señoría, en el tiempo que la última vez fué priora de ese convento.

Contemplo ser motivo de justicia que una obra dirigida á desterrar la peste de la hipocresía con frases que en la realidad es lo mismo que practican, para que descubriendo las tramoyas se huya el cuerpo al engaño, se le ofrezca y dedique á quien, por ser sucesora de la doctora mística de la Iglesia, estará muy diestra en rechazar las invasiones de los que profesan estas desnudas místicas exterioridades. Me pondré en la matrícula de los felices, si esta obrilla, parto de mis divertidas ociosidades, mereciese el grado y protección de vuestra señoría, á cuyos pies quedo con el debido rendimiento. Dios prospere á vuestra señoría por siglos, y corone de felicidades.

Madrid y Mayo, 30 de 1729.

Besa los pies de vuestra señoría su más favorecido criado y servidor

DON FULGENCIO AFAN DE RIBERA

PRÓLOGO AL LECTOR



CON el motivo de haber venido á esta corte á la prosecución de un pleito matrimonial que tengo pendiente en la Nunciatura, porque estoy resuelto á morir degollado antes que casarme, en uno de los cuartos del mesón del Peine, que es mi pobre morada, uno de los despojos que había dejado mi antecesor habitante (á más de un poco de sarna que me dejó en las sábanas, por lo que me acuerdo de él muchas veces al día), fué un pliego de papel, cuyo título era: *La virtud al uso y Mística á la moda*. Lélo, y su contenido me picó en la fantasía, aún mucho más que la sarna que tengo en el cuerpo, y como, gracias á Dios, la

bendita leyenda caía en varón constante, preocupado con la misma melancolía (por haber vivido muchos años entre un grandísimo atajo de bribones y bribonas que hacen trato de la virtud, unos para *comer*, otros para *gobernar* y otros para *suponer*), saqué mi navaja y corté la pluma. Las especies me bullían, y como bandadas de pájaros me levantaban el casco de mi poco seso. Entre si escribo ó no escribo se me acordó una noticia que oí á mi abuela; y fué que en sus tiempos estaban tan validos los libros de las caballerías, que eran el único y total embeleso de las gentes; y para su destierro, los señores obispos tomaron diferentes providencias, ya enviando misiones, ya expidiendo cartas pastorales; pero nada aprovechó, hasta que Cervantes tomó la pluma y escribió los libros de don Quijote; ¡cosa rara, que lo que no pudo conseguir la desnuda verdad, voceada de los prelados y ministros eclesiásticos, fué reservado triunfo á la debil armadura y esfuerzo de una ingeniosa ficción! Si yo, ó cualquiera otro, quisiera solicitar el des-

tierro de estos bergantes, con serias sentencias cláusulas, los engañados se quedarían en su engaño y los engañantes en su engañadura y garatusa; pues ropa afuera, dije, y veamos si lo que no puede vencer una desnuda verdad, puede ser trofeo de una bien vestida ficción; si lo que no pueden las veras, pueden alcanzar unas bien afectadas burlas. En este pensamiento estaba, cuando entró en mi cuarto un notario apostólico, con su golilla, acreedora á todos los piojos del Hospital General, y me notificó un auto de traslado de mi perseguidora novia; yo, que estoy á dar largas al pleito, por ver si este demonio, cansada de esperar se desespera, en todo traslado me mamo los nueve días de las tres rebeldías que se me acusan. En este término escribí lo restante al pliego que hallé; allá va, léelo si quieres; y si no, déjalo estar, que al cabo, con lo que me pone á la mesa mi mesonera del Peine y con la otra mitad que me hurta, lo pasaré honradamente, hasta que en mi pleito se dé sentencia definitiva; la que, si fuese favorable, me ahorrará de pe-

sadumbres; y si fuese adversa, en Roma me hallarás, siguiendo en la Rota mi defensa; y, finalmente, todo lo peor que podrás ver en mí, será verme en las galeras del Papa ó ahorcado; pero casado, cristiano lector, no me verás, porque tengo á más infelicidad lo segundo que no lo primero. Adios, amigo, y encomiéndame á Dios, que si alcanzases de Su Majestad que yo me vea libre de esta mujer, yo conseguiré de la Santísima Trinidad que tú te veas libre de caer en manos de la justicia; y siendo esto así, no sé yo cuál de los dos quedará mejor. Adios.

VIRTUD AL USO
Y MÍSTICA A LA MODA

CARTA PRIMERA

*Don Alejandro Girón á su hijo el hermano
Carlos del Niño Jesús.*

Hijo mío, escribir direcciones para instruir una juventud y labrar un grande hombre, empleo ha sido de hombres grandes. Don Gabriel Vocangel escribió un romance que empieza:

A la corte vas, Fernando,
Noble, heredado y mancebo,

dirigido á un hijo suyo, y está bien escrito, por vida de Euterpe. Un don Fulano Losada, colegial mayor de cierto colegio, escribió

otros documentos para un hermano suyo, que se las apuesta á Vocangel, á fe de poeta honrado. Otros papelillos y librotos andan por ahí, para niñas y mozas, con mil cositas; todo esto en romance, que en latín, si yo lo entendiera, es una bendición de Dios lo que hay; pero he reparado que todos conspiran en formar un caballero andante, deshacedor de tuertos; y allende de esto, ninguno le señala renta para comer. Considerando yo esto, viéndote ya en edad, bien nacido, pues que nada se quedó sin hacer, y sin medios, me affigia, por no poderte acomodar, hasta que se me ofreció un gran pensamiento. Has de saber que yo leí uno como tratado de la *Virtud al uso*; y habiéndome gustado, la puse en práctica, y con tan buen pie, el Señor sea bendito, que con ella y lo que yo adelanté he tenido desde entónces una vida mejor que canónigo. He sido estimado de los necios, aplaudido de los camándulos, no mal recibido de los discretos, regalado de los simples, admirado de las beatas, y celebrado de las embusteras; conque viendo lo útil de este estado y lo poltrón de esta vida,

he resuelto acomodarte en ello; porque tú eres tonto tan sustancialmente, que con dos pistos tuyos se pueden corroborar cien necios; y esta es una partida muy esencial para el empleo, porque en un místico á la moda se cuenta lo necio por santidad, lo tonto por virtud, y lo simple por candidez. Digiere bien estos diez y ocho documentos, y te hallarás hecho persona en cuatro días, sin verte necesitado á desearme la muerte, para ser hombre acomodado con mis póstumas riquezas.

DOCUMENTO PRIMERO

Lo primero que has de hacer es reformar el traje, zapato ramplón, rosario grande, medallas que metan ruido y libritos de devoción. Lo exterior del vestido ni compuesto con afectación, ni puerco con cuidado; pero no descuidarse en que el interior sea bueno. Ropa delgada en verano, y telas que abriguen bien el invierno; el paso grave; la cabeza algo inclinada hacia los piés; los ojos entreabiertos y cerrados; la frente algo arrugada,

en postura de pensativo, y cáatate hecha la figura mística, y nos hallamos de la noche á la mañana con un hombre virtuoso en casa, sin saber cómo ni cuándo ni por dónde nos ha venido tanto bien. En las iglesias has de estar siempre de rodillas; trabájlenlo ellas, pese á su alma, que obligación tienen á ello, según dice una filosofía, pues afirma que por el bien del todo debe trabajar cualquiera parte. De cuándo en cuándo un suspiro y sonar las medallas es muy del caso; date muchos golpes de pecho á puño cerrado y recio, que suenen, con el consuelo de que, si lo siente el pecho, luego se alegra el estómago; besa la tierra muchas veces; pon los ojos muy abiertos y fijos en una imagen, mirándola sin pestañear, y si pudieres echar cuatro lágrimas, ejecútalo porque eso menos tendrás que mear.

DOCUMENTO II

Debes tener mucho cuidado de recoger en cualquiera contingencia de cosas lo que pudieres para tí; cuida bien del individuo, y

si pudieras ejecutarlo con mucho secreto y sin que te cueste blanca, hazlo, y no olvides la especie; todo lo que fuere conveniencia propia, dí que no lo deseas, pero solicítalo con toda eficacia. Cuando pretendas algo para tí ó para tus parientes, en viendo que no se compone bien la cosa, clava los ojos en una pintura de las que hubiese en la pieza, y haz una exclamación; *verbi gratia*: ¡Oh, buen Francisco, y qué ajeno vivistes de estos devaneos y vanidades que el mundo aprecia! En asuntos de pillaje, tener muy presente aquello de, la caridad bien ordenada, etc. Tambien en materia de dar, procura que sea poco, á menudo y en público, ponderando tus buenos deseos de dar y tu falta de medios. Dos exclamaciones, mirando al cielo, valen un millón en estas ocasiones; *verbi gratia*: ¡Oh, válgame Dios, quién tuviera mucho que dar! ¡Oh, ricos, y lo que perdeis! En atravesándose un interés tuyo, buscar un pretesto místico, y apretar con ello, que en estos casos es tesón cristiano la porfía para agarrar. Si acaso por esto, ó por otro motivo alguno, te censuraren de hipó-

crita ó embustero, trata de echar cuatro re-niegos en secreto natural, y llevarlo con paciencia, diciendo: Más padeció Dios por nosotros, y que siempre la virtud es perse-guida; que como tú logres el alma del nego-cio, importa poco el negocio del alma.

DOCUMENTO III

Debes hijo mío, ser muy desvergonzado, con los ojos bajos, que en siendo con capa de virtud, se llama libertad cristiana. Si mientras das el pildorazo dijeses ó usases tres ó cuatro veces de esta voz *verdaderamente*, en solfa y tono de ponderación, harás creer que rebotas más celo de la honra de Dios que el mismo Elías. Murmurarás de todos, pero cuidado con los *peros*. Quiero decirte que entres alabando, mas luego echar el *pero*, que esta es la quinta esencia de la murmuración. Ejemplito: Tiene Fulano bellas prendas, lindo genio, *pero* me quiebra el corazón el ver que, etc.; apretarle bien la mano con el *pero*, hasta no dejarle hueso sano, y concluir diciendo: Ya lo encomiendo

á Dios, que lo traiga á verdadero conocimiento. ¡Ay, Dios mío, Su Majestad le dé su salvación para el alma! Has de murmurar de lo pasado, de lo presente y de lo futuro; nota bien esta máxima. Murmurando de lo pasado, te acreditas de noticioso, y echando la contera de aquello de ¡oh, y lo que habré visto! ¡oh, si volviera al mundo! pasa plaza de virtud, con farfalaes de revelación. Murmurando de lo presente, te declaras corrector general del mundo, con gajes de desengañador. Murmurando de lo porvenir, te acreditas de místico en infusión de profeta. No creas que nadie es bueno, sino tú y los que te imitaren; á todos los que no fueren por donde tú, desprécialos como pecadores; pero siempre con palabras místicas, que con eso te tendrán muchos por santo, y Dios por fariseo. El dictamen tuyo no lo depongas, aunque te lo predique San Pablo, porque en lo malo ó en lo bueno el ser inflexible es cosa de angel. Si las razones, por milagro de Dios, te hiciesen fuerza, resístelas como tentación del demonio, y responde con medias palabras, que suenen á revelaciones y

misterios; *verbi gratia*: Eso es verdad, pero yo tengo otros motivos; en lo natural hace fuerza, pero no hay fuerza contra Dios; tiene eso otros principios más altos. Con esto al hombre más advertido volverás en tres semanas loco.

DOCUMENTO IV

La conversación es el contraste para calificar personas, pero para todo hay reglas. Nota estas: Si hablaras con hombres eruditos, críticos y discretos, habla poco, y eso del juicio final, de la muerte y del infierno, con cuatro suspiros entripados, un ejemplo que eche chispas, y los dejarás á todos hechos unos monos; porque estas verdades mazorrales, sin venir al caso, no tienen respuesta ni contrarresto. Has de decir mal de todas las ciencias naturales y artes liberales; pero nunca te metas en dar razón de eso, sino decir que saber salvarse es la verdadera ciencia, que en el infierno hay muchos doctos, pero ninguno santo. Si pudieras tener de memoria algunas autoridades de algún

santo, que mal entendidas hay algunas, contra astrólogos, poetas y humanistas, darles luego con ellas; y si las quisieren explicar, decir que son cavilaciones del demonio, y mudar luego de asunto. Con hombres doctos y serios te encargo mucho que, en no siendo herejía, apoyes todo cuanto digan; y de cuándo en cuándo decir: Lo mismo dice Santa Teresa; lo propio afirma el venerable Puente; y luego dos cositas de las agonías de la muerte y del juicio universal, que con eso, aunque no logres opinión de docto, queda en duda el crédito de místico. Con los tontos habla mucho de Dios, y pondérales la Sagrada Escritura. Con los habladores no porfies, porque ellos por hablar porfiarán contra la Santísima Trinidad. Déjales decir, y luego embócales la muerte y el infierno, y queda la plaza por tuya. Con las mujeres has de contar muchos ejemplos de Belarminio, devociones y oracioncitas, para el tiempo de acostarse; y algunas indulgencias para la hora de la muerte, suspirar un poco, y que recen mucho; con eso las acabas de hacer locas, formando de tí un gran juicio.

DOCUMENTO V

Los señores tienen el primer papel para representar tu honra y provecho, porque para la opinión los sigue el vulgo, y para dar son ricos. Con estos has de introducirte por una cosa que regularmente les falta, y por otra que comunmente les sobra. Fáltales sucesión á los más y es raro al que no le sobran pleitos. Promételes de parte de Dios sucesión para su casa, y favorables sentencias en sus pleitos; que si no sale como tú dices, con un no conviene, metido en la vaina de dos suspiros, se subsana todo. A las señoras, imponerlas en unas devociones breves, ponderándolas mucho su eficacia, decirles que no ayunen mucho ni se maten, porque sus personas son muy necesarias en la república. Contarles algunos ejemplos de reinas y señoras que entre galas, carrozas y sainetes se han ido al cielo. Echales algunas profecías en bruto, *verbi gratia*: ¡Ah, señora, lo que Dios le tiene guardado, ó lo que hemos de ver! No ha de ser solo Abra-

ham en el mundo. Todo esto á ojos cerrados, sin olvidarte de aquello de: Yo soy gran pecador, pero eso no obstante, gasto mis ratos en encomendarla á Dios. Si encuentras con alguna persona beata, con presunción crítica (Dios te saque bien, hijo mío), léida en *Belarminio*, en el *Espejo de cristal fino*, *Vida de San Patricio*, los catorce romances, y sus *Retazos de la Madre de Agreda*, alábale mucho su entendimiento, dile mucho mal de las comedias y de los Quijotes pisa-verdes, pondérale su aplicación, y concluye diciendo: Si todas las personas principales se aplicaran así, ¡qué distinto estuviera el mundo!

DOCUMENTO VI

Una de las principales columnas en que estriba el edificio de esta mística bribonica, es el que hagas creer ser un hombre de una sinceridad columbina y de una candidez inculpable. Esta bola se emboca en las conversaciones con los señores, pero más bien con las señoras. El modo ó pala con que

dispara, es no formalizarte nunca en el tratamiento de las personas, haciendo la puntería muy alta para las medianas, y muy baja para las muy altas. Ejemplito: A las que no tienen más que señoría, ó solo la tienen en crepúsculos, como las mujeres de los oidores, á quienes se les da de limosna, y los litigantes por necesidad, á estas á la primera palabra llamarlas su alteza; hasta otro rato decirlas su excelencia; y si la conversación fuere muy larga, espetarles majestad. A las señoras de primera magnitud, que tienen excelencia á cielo raso y á cuerpo descubierto, las tratarás de su merced; míralas á la cara, y una ligera risa que notarás es evidente señal de que ya prendió la yesca de tu fingida simplicidad; entónces acude de recio con un su reverendísima, que te la dejes temblando y suelte la risa hasta mearse. Síguese ahora el exámen de tu simplicidad, al crisol de la experiencia. Esta suelen fabricarla las doncellas de labor y los pajes de antesala, llevados de las ponderaciones de tu sinceridad, que han oido celebrar á sus amos al palillo de la mesa. El modo de fa-

bricarla es, ó será, proponerte unas bien pensadas mentiras, que excedan todos los límites de la humana credulidad; en este caso has de hacerte cruces del prodigio ó de lo extraordinario del suceso, dando á entender que lo has creído, poco menos, que artículo de fé; y en caso necesario, y si la mentira lo permite, te has de empeñar en que quieres ir á verlo. Luego estos criados cuentan el caso á su amo, festejan tu credulidad, aumentase su buena fé, y crece como espuma tu buena opinión. Sentada esta baza, tienes letra abierta para agarrar todo cuanto te se antojase, y una mina de chocolate, tabaco, oro y plata, sin tener el trabajo de cavar con un azadón; y te aseguro que en pocos años podrás disputarle las riquezas á Creso.

DOCUMENTO VII

Tendrás dos confesores, uno para el gusto y otro para el gasto. Más claro: uno para tu buena opinión, y otro para que lleve los talegazos de tus fechorías. Eres tan tonto,

que no me fio de tu necesidad para la inteligencia de esta importantísima máxima; quiero decir, que has de tener dos confesores, para fregar con el uno y enjuagar con el otro. Vayan dos cuartos á que no me has entendido. Mira, hijo, has de buscar un hombre docto, de mucha fama y de opinión en la corte, de estos que tienen planteadas tres ó cuatro pretensiones en la cámara, y acuden mucho á la Covachuela, y que sea hombre de rompe y rasga. Asimismo has de buscar un clerizontón, capellán de un hospital, ó confesor del Buen Suceso; con este has de confesar tus picardeguelas; esto es fregar. Para enjuagar irás al sabiondazo, gimiendo y llorando, quejándote de las sequedades que padeces en la oración, ponderando que son tales, que no te da Dios impulsos para formar ni un acto de atrición. Le pedirás licencia para delatarte á la santa Inquisición por hereje, pues te hallas en tales tinieblas de lo sobrenatural, que casi casi te atreverás á jurar que no tienes fé; porque imaginas que el misterio de la Encarnación, cuando en la oración te pones á

considerarlo, es una quimera; y como si fuera quimera tal, así sacas los afectos, sin que tu espíritu halle motivo alguno de amor ni agradecimiento á tan imponderable beneficio. Dirásle tambien que la muerte y pasión de nuestro redentor Jesucristo te se representa como una fábula, sin que la continuada meditación de sus misterios sea bastante á mover tu voluntad al más mínimo afecto de compasión; y luego poner por materia de la vida pasada la última mentira que echaste, pues aunque fué en materia leve, haces memoria que la dijiste con plena advertencia y deliberación. Válgame Dios, qué angélica conciencia, dirá entónces tu confesor. Entónces, tu sabiendo confesor procurará sacarte de esos escrúpulos, y te alentará á la perseverancia. Otras tres ó cuatro veces volverás con estas boberías y fingidos escrúpulos. Declarado ya por quieto en ellos, volverás con otro mayor. Irás á pedirle licencia para cortarte la lengua con unas tijeras, porque haces memoria de que, siendo muchacho, cuidado con esto de muchacho, no se entienda que tu virtud es de ayer

acá, enredado con unas mozuelas, las dijiste unas palabras poco decentes, y que no discurre otro medio para dar satisfacción al Señor sino es este, y que parece que Dios te da luz para que así lo ejecutes, respecto de que en la oración, ni fuera de ella, no te se borra de la memoria esta especie. El hombrón sabiondón procurará disuadirte diciendo que es tentación conocida; otras tres ó cuatro veces volverás instando sobre esto mismo, y cada día irá tu confesor formando mejor juicio de tí. Sosegado ya de esto, irás á pedirle licencias que excedan los términos de la prudencia, como son el que te permita estar tres días enteros sin comer ni beber, que te consienta el tomar todos los días dos disciplinas de sangre, etc. Supongo que el doctorado te irá á la mano en estos fervores; pero si acaso, por juzgar tu espíritu de clase especial, te diese las licencias que le pides, en este caso su merced se quedará en su casa, y tú te irás á la tuya, y te comerás buenas ollas y buenos jigotes; y en orden á las disciplinas, que el señor doctor te dé nalgas, ó si no que se zurre él, que para eso

se ordenó de sacerdote de misa. El fruto que se saca de la práctica de este documento es que el señor confesor, en los estrados, cuando oiga ponderar tu sinceridad, candidez y alegría en el Señor, dirá: Ven useñorías esa paz interior que manifiesta, pues solo el que está aquí sabe lo que ese pobrecito padece. Con esto queda confirmada tu buena opinión, te tienen por santo, y rueda la bola, que mientras rueda no es cinco.

DOCUMENTO VIII

El cuarto ó aposento de tu habitación, será recibimiento de las visitas, porque al olor de tu buena opinión irán unos á darte cuenta de sus trabajos, otros á encomendar en tus oraciones la salud de sus enfermos, y otros para que encomiendes á Dios á sus recientemente difuntos. El adorno de tu cuarto será un fiel testigo de tus buenos ejercicios; y así, las paredes estarán llenas de estampitas, y á proporcionados trechos algunos cilicios de diferente hechura, y no les endures el hierro, pues bajo del supues-

to de que han de quedar vírgenes, cuando tú salgas de esta vida, no les dejes quejosos, por libra de hierro más ó menos; unas disciplinas colgadas, ya de hierro, ya de cordel, hacen mucho al caso. Tendrás dos camas: la una será una desnuda tarima, y por cabecera una piedra, como medio umbral de puerta, y encima una calavera; pondrás sobre la cama un cruzón de quince piés de largo, con su corona de espinas. La otra cama constará de tres ó cuatro colchones, sábanas de delgado lino, y cabeceras de ruan ó cambray. La penitente cama llamará la atención del más descuidado entendimiento, y concebirán que es sitio de tu penitencia; pero les moverá la curiosidad á preguntarte: ¿Quién duerme en la otra? A lo que responderás con taimado, fingido disimulo: En esa penitente cama duerme cierto amigo mío, que suele acompañarme en mis espirituales ejercicios, y en la otra duermo yo, por ser de espíritu más tibio. Yo te aseguro que, aunque haya estudiado sùmulas el que te hizo la pregunta, ha de sudar sangre primero que sacuda esta garrocha; lle-

gará á creer, como artículo de fé, que tú eres el que duerme todas las noches en la desnuda tarima, y que la otra cama es cáma solo de perspectiva, para disimular tu silenciosa verdadera penitencia, y tu virtud va fundada sobre los sólidos fundamentos de una verdadera humildad, y que ésta es la que te obliga á hablar anfibológicamente, diciendo que en la cartujana cama duerme un amigo tuyo; porque los místicos de nuestra profesión no reconocemos más amigos, ni tenemos más dama, ni adoramos otro ídolo que á madama Conveniencia propia y á monseñor Amor propio, con su hermano el milor Interés nuestro, regoldando á todo esto en todas nuestras obras, palabras y pensamientos.

DOCUMENTO IX

En el referido aposento tendrás un altarito, aseadamente alhajado, no con ricas preseas, pero con cositas muy curiosas y artificiosamente colocadas. En este tendrás puesta una imágen de ingeniosa escultura,

de bulto, para que me entiendas, de un niño Jesús, este ha de ser tu apellido, y has de dejar lo Girón á un lado, y si puede ser, haz que sea napolitano. Aquí es menester que reflexiones el documento VI. Mira hijo, los místicos, para distinguirnos de los pecadores, cuando necesitamos nombrar á Dios ó á Cristo, Señor nuestro, usamos de esta distintiva voz: el Amo; tú, para ir consiguiente en las expresiones y voces de nuestro gremio, has de apellidar á tu niño Jesús con las voces de el Amo mozo. La práctica de este documento te la iré enseñando con ejemplitos, porque tu rudeza me pone en estos estrechos. Mira, cuando te se encomiende á tus eraciones la salud de algún señor enfermo, has de responder con tu acostumbrada fingida sinceridad, diciendo: Estos días estamos algo enojados el Amo mozo y yo, y no nos hablamos; pero yo me veré con el Amo mayor, y veremos si se pueden componer reyertas. Esta respuesta con tan poco cuerpo tiene mucha alma. Virtualmente das á entender tus frecuentes coloquios con con Cristo y el niño Jesús: de camino, y sin

decirlo, publicas cierto retiro y sequedad con que Dios está ejercitando tu virtud, pues aunque sean pecadores, por lo que con motivo de curiosidad han leído en las obras de Santa Teresa, especulativamente saben las entradas y salidas que hay en la Vía Mística; con esto, sin que ellos lo sientan, les espetas y desarrancas una lanza que les atraviesa el corazón de su credulidad. Solicitarás saber todos los días el estado de su salud, y si sanase, dirás: Hartas quimeras he tenido con los dos Amos porque lo querían para sí; pero ya se dieron á buenas, y nos lo han dejado acá á su alteza. Esto dirás si es algún oidor; y si fuese algún grande de España, dirás á su merced; y cuidado con esto, porque es el crisma de confirmar candidices. Pero si se muriese, te harán cargo los de la casa con aquello de: Bravamente lo ha hecho el hermano Carlos; bien se conoce que no le pagaba á su excelencia el amor que le tenía. Entonces has de responder: Bastantes quimeras he tenido con los Amos sobre el punto; pero mejor está su eminencia donde se halla, que no en esta

vida miserable; es el Amo mozo muy amiguito de comer fruta en sazón. Dos bolas tan grandes como las del chapitel de Santa Isabel, embocadas de una vez, en solas cuatro palabras. La primera es, que das á entender, sin peligro de quebrantar el silencio que guardas y debes guardar de los favores que Dios te hace, que hablas y tienes coloquios con Cristo y el niño Jesús, como los tenía Moisés con Dios. La segunda bola es que, sin decirlo, quedan entendidos en que has tenido revelación de que el tal señor está ya gozando de Dios, aunque haya muerto con la manceba en la cabecera. Tendrás cuidado de visitar los enfermos que tienen que dar de sí, y encargarles mucho que se encomienden en tu Amo mozo, y tengan fé con él, que cuando está de buen humor, sabe dar un gusto. Luego añadirás que el autor *Biblia*, de quien tienes hecho juicio, que es verdad todo lo que dice, afirma que toda buena curación viene de Dios, que se ponga con total resignación en sus manos; y finalmente, que á Dios rogando, y con el mazo dando. Este es un conceptazo de pri-

mera elase. Explicaráselo así: Que se ponga en manos de Dios, como si no hubiera médico; que de tal modo se sujete al médico, como si hubiera Dios. Si sanase, te hallas con un milagrito á la margen y manos libres para el *agarrantibus, per Christum Dominum nostrum*.

DOCUMENTO X

Para coger el provecho, que yo te supongo con honra y crédito de santo, es menester su poquito de filis. Ten especial cuidado de echar unas vareticas en las conversaciones contra los que tienen apegado el corazón á los bienes temporales; otras, ponderando ciertas necesidades de que tienes noticia; otras, alabando la liberalidad y limosna. Procura persuadir con toda eficacia que todo es vanidad y tierra, que todo lo hemos de dejar acá, y solo hallaremos lo que hubiéremos repartido. Con esto y con exclamar ¡Ah, si yo tuviera! ó: ¡Las necesidades que hay! enternecerás un peñasco; te constituirán por alcahuete de limosnas, echarás

el ramo por de dentro, y algo te se ha de pegar á las manos de la masa. Si acaso vieres á alguno inclinado á hacerte bien, dí que necesitas de poco, y esto junto con el documento de las propiedades del alma, manarás en chocolate y regalos; que para alimentar este miserable cuerpo para que sirva al espíritu, cualquiera cosa basta. En agarrando, dirás que socorrerás tu necesidad, y lo restante para pobres que tú sabes. Solicita con maña conocer los genios; al vano, alábase su bizarría; al místico, pondérale los bienes de la limosna; al compasivo, representale con viveza, ó tu falta de lo más preciso, ó las ajenas, extremas ó graves; y á río revuelto ganancia de pescadores; al liberal, empeñarlo á que empiece; al miserable decirle que todos le tienen por mezquino, pero que tú has sacado la cara por él cuantas veces lo has oído, y que en su defensa has dicho que no tienen razón, y que acusan neciamente su loable economía, y que no ser pródigo es virtud, como también el dar en las ocasiones es liberalidad; y será milagro si con esto tú no sacases leche de las te-

tas de un carnero. A los mayorazgos, que regularmente suelen ser grandísimos majaderos de rabo á oreja, por esencia, presencia y potencia, cuando les oigas decir una borricada, alábales su prontitud; pero no gastes mucha saliva en esto, porque estos tales, cuanto más borricos son, suelen ser más desdichados, sin saber leer en otro libro más que en Salgado *De retentione Bullarum*, traducido en romance por el doctor *Primum mihi, secundum mihi, et tertium mihi*, y así, con estas bautizadas bestias gastarás solo las generales de la ley, y aplicarte á los segundones y tercerones de las casas, que estos, aunque más pobres, son discretos; y llevados de tu persuasión, ya por mí instruida, convencidos del peso de su entendimiento, has de sacar más de ellos, siendo pobres que no de los otros pollinos, aunque sean más ricos. Pero en todo caso más vale morir de atrevido que de cobarde; y así, ojo á espetar la eternidad de cuándo en cuándo; con esto verás que nada te falta; porque unos por liberales, otros por vanos, otros por compasivos, otros por necios, á trueque

de no hacer cosa bien hecha en esta vida, y otros por ser acreedores á tus oraciones, irán socorriendo la plaza con lo necesario, y aún algo más. Procura regalarte y decir que nada te gusta, pero que es forzoso obedecer á quien te lo manda. Quejaráste de diversas dolencias, pero no les has de dar el nombre de enfermedades, sino de ejercicio que Dios te da. Esto mira á tres cositas, muy importantes á nuestro intento: la primera es que con eso no echarán menos si tienes ó no muchas horas de pública oración mental en la iglesia. La segunda en que, aunque te vean gastar rico chocolate, vino generoso, regalado carnero, chorizos de Extremadura, pernils de Galicia, perdigones de la tierra, y pollas de leche al tiempo, nadie lo echará á mal, porque lo considerarán como precito remedio y ordenado régimen medicinal. La tercera, porque aún los mismos, contruidos argos de tus operaciones aunque tengan sus puntadas de místicos, te han de considerar en el estado de una purgación pasiva, que en la vía mística no es el peor estado. Dirás también que es precepto natural el mirar

por la salud, y que por eso te regalas, aunque con bastante repugnancia, pero que la obediencia es ciega. Con esto y con los documentos que yo te suministraré, como la ocasión lo pidiere, haz cuenta que tienes un mayorazgo en esta vida, que si en la otra te llevase el diablo, allá lo verás. Adiós, hijo que me voy á descansar.

CARTA II

El hermano Carlos del niño Jesús á su padre don Alejandro Girón.

Venerable padre mío, mi señor y maestro: Recibí, seis meses habrá, la carta mónica, místico-bribónica de usted, y con ella una India, un Potosí, un Perú, un manantial de oro, plata y chocolate, un ramo del árbol de la vida, la verdadera piedra filosofal, que tantos han buscado, y ninguno la ha hallado y finalmente, es una función.

Su merced me trata en ella, con la libertad de padre, de muy tonto, pues no soy tanto como á su merced le parece; en ver-

dad que cierto amigo mío y bien sabiendo me asegura que como yo diera con él lección de gramática seis ó siete años, que había de llegar á saber tanto latín como un músico; y que si me metiera en estudios mayores, al cabo de diez ó doce años había de llegar á saber tanta teología y predicadería como el superior más estirado; pero ¿quién me mete á mí en estudiar ni uno ni otro, cuando solo con la observancia de los documentos de su merced me río yo del arcediano de Toledo? Yo tengo un arcazón que parece al arca de Noé, lleno de chocolate generoso, un bolsillo de oro y plata de todas monedas; pues con esto, ¿quién me mete á mí en ponerme á declinar nombres ni papelillos? Háganlo eso los pecadores y los que no saben la ciencia que su merced me ha enseñado.

Considero muy de mi obligación darle á su merced cuenta de todos mis progresos. Habiendo puesto en práctica los documentos de mi padre, confieso que con el que he sentido muchísimo alivio para mi panza y bolsillo ha sido la práctica del documento VI, en el que se me encomienda la ficción de sin-

ceridad y candidez; y en prueba de ello referiré á su merced lo que habrá ocho días que me sucedió. Como ya tengo bien sentada mi opinión de virtud, tengo letra abierta para encajarme en los estrados, aunque haya visitas: en esta suposición, habrá de saber mi padre que el día de San Isidro, con el motivo de ver la procesión que por la tarde con tanta solemnidad se celebra en esta corte, cierta casa de la Plazuela de la Cebada, por la coordinación de sus muchos y muy dilatados balcones, es golosina de la curiosidad de las señoras, para el mejor registro de ella: así que ví tanta gente de estofa, me metí allá como piojo en costura; pero mi virtud hizo rancho, y me metí en medio, como Pedro entre ellas, danzando la pavana; á porfía andaban sobre á cuyo lado se había de sentar el hermano Carlos del niño Jesús. Yo, por no descontentar á ninguna y contentar á todas, con cada una me arrimé un poquito, les contaba un ejemplito del libro *Gritos de las ánimas*, y luego me mudaba con otra, y la encajaba aquello de «caminando un ermitaño por una espesa montaña, etc.» Pasá-

bame á otra, y la embanastaba un retazo de historia de la cueva de S. Patricio, y así di vuelta á todo el ganado. Reconocí el campo, y había señoras de todas suertes; unas eran mujeres de alcaldes de corte; otras de oidores del Consejo de Ordenes; otras eran señoras de títulos, recientemente impresos, que aún mantienen el nombre y apellido que tenían en el siglo; otras señoras había cuya grandeza y antigüedad se puede disputar con el mismo Adan. En esta confusión de cosas, tuve presente el citado documento VI, y así á las primeras las di el tratamiento de su eminencia; á las segundas, de su alteza; á las tereeras, de su majestad; y á las cuartas, de su merced. Entre tiple y bajo celebraban las buenas señoras mi simplicidad, y yo, en secreto natural, echaba el contrapunto con reirme de la suya.

Pasó la proesión, y la gente de la casa, dándose por agradecidos de haber tenido tan buenos huéspedes, aunque era un pobre guarnicionero, sacó el vulgar refresco de hospital, de agua de limón, azúcar esponjado, y chocolate; yo me negué al favor, con

el pretexto de mis dolores de estómago, flatos, destilación y vaguíos, de lo que dí tan extensa relación, que quedaron todas lastimadas de mi trabajo; con esto emboqué mi bola, y renuncié gustoso una jícara para adquirir doscientas pastillas de chocolate; pero lo más cierto es porque entre mi beata y yo teníamos dispuestas ciertas empanadas de tocino de Algarroba, con un buen frasco de lo que se pisa en Esquivias, para eso de las siete de la tarde, á puerta cerrada.

Concluído el refresco, se siguió un rato de diversión; y para que esta fuese más cumplida, se empeñaron las señoras en que el hermano Carlos del niño Jesús había de cantar unas seguidillas. Yo me resistí todo lo posible, y alegaba que desde niño siempre había estado dedicado á la virtud, por lo que nunca me había inclinado á tocar instrumento alguno; y que aunque la virtud no se oponía á la música, antes bien había oído decir á mi padre que no sé si San Agustín ó Quinto Curcio, aquí dispararon á reirse más de mi simpleza, decía que el ser aficionados á la música era señal de predestinados, por lo

que yo era aficionado á oirla, pero inhabil para practicarla, por el no uso ni ejercicio; que lo más que yo hacía era, para alegrarme en el Señor, tal vez á mis solas, cantaba, sin instrumento alguno, algunas seguidillas á lo divino, ó un villancito del nacimiento de mi niño Jesús. Asiéronse de esto, y me instaron á que cantase; me pusieron en las manos un guitarrón; y yo, sin pisar trastes, empecé á rascar la guitarra en seco, y canté las cuatro seguidillas siguientes, con sus estribillos:

Por la calle abajito

Va el niño Jesús

Con la bola en la mano,

Y arriba la cruz.

¡Válgame el cielo

Y esas calzas azules

Que traes al cuello!

A la virgen de Atocha

Ya no la quiero,

Ni la ven las patas

Con el sombrero.

Vivan las damas.

Que yo las querré mucho

Si fuesen santas.

Rio de Manzanares,
Déjame pasar,
Que me voy á una cueva,
Y me quiero azotar.
Mi niño Jesús,
Yo besaré tus llagas,
Tu corona y cruz.

Cuando me desataco
Para azotarme
Tengo fuerte el espíritu
Y flaca la carne.

Oigan un primor,
Que al subirme las bragas
Siento el descozor.

Con estas cuatro seguidillas, compendio de veintiocho desatinos, ponderaron mi sinceridad, y yo interiormente, como un inocente Caín, homicida de sus docilidades, me fisgaba de la suya, pero dió lumbre mi candidez, porque al día siguiente, á eso de las diez de la mañana, fué á mi casa un lacayo con un azafate, y en él ocho libras de chocolate, con un doblón de á ocho, de parte de mi señora la duquesa de N., y la respondí un papel del tenor siguiente:

«Mi señora duquesa de N.: El Amo mozo

»sea con su merced. Al tiempo que salía
»esta mañana de la oración recibí la caridad
»que su reverendísima me hace, para el so-
»corro de mis necesidades y quebrantada
»salud. Yo pondré á su reverencia en la
»presencia del Amo mayor, porque el Amo
»mozo no está estos días de muy buena
»guisa conmigo, y le hablaré despacio; y si
»ántes de un año no tuviese su majestad
»un duquesito, tengo de reñir con los Amos
»hasta enojarme. Ellos guarden mil años á
»su eminencia, en compañía del tío duque.
»Amen. De mi oratorio, hoy domingo 22 de
»Mayo de 1729. Besa la mano de su mer-
»ced su menor criado, y mayor pecador del
»mundo:—**EL HERMANO CARLOS DEL NIÑO**
»**JESÚS.**»

Al lacayo no le dí el real de plata que acostumbra dar la gente relajada; le dí un buen consejo, amonestándole que tuviese recogimiento de sentidos, que eran las puertas por donde entraba la muerte al alma.

Tengo por criada y gobierno de mi casa á una beata de saco y cordón de esparto, con sus cinco nudos y toda repulgada; es de es-

tado doncella, pero tiene las tres comunes propiedades de las viudas, que son el ser gorda, comedora y andadora; y finalmente, es tan gentil bribona como yo.

En las consultas que se me hacen, guardo lo mandado por su merced; pero estos días pasados se me hizo una, en la que no valiéndome ni pudiendo aprovecharme de la lección que su merced me ha dado para las consultas, dí de propio Marte salida al caso; yo lo referiré como sucedió.

Llegó á mí una viuda, entre gimiendo y llorando, y me preguntó que si cuando una mujer casada, por socorrer sus necesidades ó por humana fragilidad, incurría ó delinquía en faltas de lealtad al matrimonio, el marido, despues de muerto, si acaso lo sabía allí en la otra vida. Yo reconocí que la pobrecita, tras venir acusada de su conciencia, venía llena de miedo, sospechosa de que su marido vendría desde el otro mundo á tentarla el bulto. Yo, por consolarla, la dije: Hija, lo que yo he llegado á entender en mis ejercicios espirituales es que, al tiempo de apartarse el alma del cuerpo, viene el an-

gel de la guarda, y con una navajita de cortar plumas, con mucha curiosidad y delicadeza tira dos tajos, y no queda cuerno á vida. A esto me replicó que si á los que morían en el hospital sucedía también eso. A que la respondí: Hija, lo mismo sucede al que muere en el hospital que al que fallece entre brocados y colgaduras de damasco, porque es pensión y carga concejil del angel de la guarda volver el alma á su Criador mocha, como se la entregaron.

Me parece, que aunque hubiera estudiado los nominativos y el libro cuarto, no pudiera haber respondido mejor.

No quiero tomar resolución grave sobre la profesión mística sin consulta de su merced. Dos pensamientos se me han ocurrido, á mi parecer buenos. El primero es el quitarme el pelo á rapa terrón; para el verano es conveniencia, y para el invierno mejor, pues mirando á mi amor propio, que es el ídolo de nuestro instituto, abriga más un solideito de bayeta negra que no el propio pelo, y de camino doy un superior realce á mi opinión de virtud. Es el segundo que me

parece será muy del caso el vestirme de sayal franciscano, en traje de abate, en esta forma: la collarina negra y mi cuellecito almidonado con sus polvitos de color azul celeste, capa, casaca, chabarrota y calzón del dicho sayal, y mi sombrero á tres vientos, también de contestura franciscana. Lo especial de la figura mística ha de arrastrar las atenciones de los más divertidos, y con eso el hermano Carlos será más conocido en la corte, y con eso tendré olor á clérigo y á fraile; con esto no seré aborrecido de los unos, ni mal visto de los otros. Vea su merced cuál cosa es más conveniente, y lo que me dijese ejecutaré.

El escribir algún librito de devoción me parece adelantaría mucho mi opinión, así por lo devoto del asunto como también porque mi nombre ande de molde entre los corros de beatas; y así, padre mío, si á su merced le parece, escribiré un librito, cuyo título será: *Novena y devoción al niño Jesús escrita por su devoto y el más indigno pecador el hermano Carlos del niño Jesús.*

Tengo un huesecito, cosa de tres dedos

de largo, pedazo de una canilla, del Campo Santo del Hospital General, y digo que es de la pierna de San Nicolás; pero lo tengo más blanco que la nieve y engastado en plata; mas ya pudiera engastarlo en diamantes con lo que me ha valido. Voy á los enfermos, y por este hueso, que hace oficio de embudo, les cuelo á los calenturientos media azumbre de agua; ellos, con la mucha fe que tienen conmigo y con la mayor sed que ellos tienen consigo, beben que es un milagro. Encargo el secreto, para que no se lo digan al médico; porque esta gentecilla es enemiga de estos embustes de devoción, y si voy á decir la verdad, las más veces les sobra la razón, porque ¿á dónde hay paciencia en el mundo para tolerar el que ellos se estén desvelando para el acierto, y que si el enfermo sana, le digan los asistentes que el agua que le dió el hermano Carlos lo ha curado, y si se muere, á facha y bigote le dicen que él lo ha muerto, porque, ó lo sangró antes de purgarlo, ó porque lo purgó antes de la sangría? Vamos claros, padre mío, para entre los dos; yo he tocado palpable-

mente que con mi agua, como yo no sé si el enfermo está en creciente ó en menguante de calentura, muchos enfermos se han puesto de peor calidad que estaban; pero agarre yo, y tiren los médicos; y si no tienen paciencia para sufrir los sofiones que por mí llevan, que dejen el oficio, y se metan á obispos ó á cardadores, y se verán libres de eso, que yo estoy á hacer mi negocio, y no el suyo. Con esto, muera ó viva, siempre llevo presa á mi casa, como tumba que sale de parroquia, que nunca vuelve sin ella; cuando hace mucho calor ó mucho frío, como estos extremos son los que debemos evitar los profesores de esta mística, no salgo de mi casa, envío á mi beata, y á fe de bribón, que lo hace la niña casi casi tan bien como yo.

CARTA III

*Respuesta de don Alejandro Girón á su hijo
el hermano Carlos del niño Jesús.*

Hijo, recibí tu paulina, enmascarada en carta; veo que vas aprovechando, y conozco

que, gastando contigo mucha paja y cebada, llegarás á ser un hombre tan célebre, que podrás llegar á ser borrico guión de una cabaña; por fin, eres fruto de mi vientre, y me es preciso proseguir lo comenzado; y así, recibe los siguientes documentos.

DOCUMENTO XI

Ahora anda muy valida la Academia Española; si acaso se ofreciese hablar de ella, dí que es la mayor obra del mundo, que mentira más ó menos será; agua bendita golpe de pechos y bendición episcopal te sacarán de ese trabajo; frente tiesa y ese cuerpo derecho, y vamos á lo que importa; y quéjate de mí, si tú perdieres la baza. El motivo de prevenirte esto es porque hay entre los académicos algunas personas de caudal, y alabándoles sus obras, los heredarás en vida; ellos se quedarán tan tontos como son, y tú te hallarás más rico de lo que eres según dice una coplilla, que yo sabía, que dice así:

Su renta tiene segura
El que lisonjea á necios,
Que á quien los hace eruditos
Instituyen heredero.

Si te consultaren algunas dudas, que siendo tú lo que eres, no lo dudo, responde preguntándoles á ellos mismos su parecer; y luego decir, mirando al cielo: Eso mismo me parece á mí. Con eso quedas bien, y ellos van gustosos. Ten muy de memoria esto, para todas cuantas preguntas te hicieren, porque son pocos los que buscan la verdad, y muchos los que buscan solo apoyo. Con esto pasan muchas necedades bien vestidas el título de religiosas y arregladas decisiones, porque si alguno las contradice, responde que las aprobó un santo. Supongo que, siendo tú tan necio y tondo como tú mismo, has de contradecir todo lo que no entendieres, según lo que dijo un poeta hembra:

Que siempre el que censura y contradice
Es quien menos entiende lo que dice

Y sobre este punto de contradecir podía

yo darte carta de recomendación para un quidam, clerizonte conjurador, que en dos días te haría maestro en contradecir el Credo y las obras de misericordia; mas no quiero meterlo en ese trabajo, porque me han dicho de secreto que está ahora muy ocupado en aprender á construir las palabras de la consagración.

Pero te advierto que nunca disputes; porfiar, esto sí, que para eso no es menester saber; y los que no lo entienden suelen dar más crédito al que más porfía, y mucho más siendo *baquetón*. En concluyendo la porfía, dirás: Dejemos eso, y vamos á lo que importa; se quedarán todos mirándote, con atención de pescador de caña.

El conocer los sugetos es muy dificultoso, pero muy útil para pasar esta vida miserable. Mira, hijo, hay unos tontos por fuera, otros por dentro y otros por dentro y por fuera. Los tontos por fuera son los que no han estudiado sino una facultad, *verbi gratia*, un gran teólogo: si á este no le hablan de teología, no sabe hablar tres palabras. A estos pregúntales cosas hondas, tocantes

á tu conciencia, proponiéndoles varios escrúpulos que te se ofrecen, ponderándoles tus buenos deseos. Los tontos por dentro son los que solo han leído algunas comedias, tal cual libro en romance, y algunos arrapiezos de latín; regularmente hablan mucho, porque presumen de elocuentes, sin saber que no es lo mismo hablar mucho que hablar bien, porque lo primero dice cantidad, y lo segundo calidad. Toma para que te acuerdes, esa coplilla:

Es en hablar infinito
El amigo don Pascual,
Y aunque en esto habló poquito,
Yo te digo que habla mal.

A estos alábales su erudición y tírales algunas jaculatorias hacia la bolsa, porque suelen tener tan divertidas las potencias en centones de Quevedo, de Calderón y Moreto, que aunque los capes no lo sentirán. Los tontos por dentro y por fuera son los que solo saben una mala gramática y tres quebradillos para una visita. Los hidalgos de

aldea son todos así; también hay de esto entre los señores; á estos alábales sus ascendientes y su buen genio con algunas cositas devotas, como estas coplas:

E' Señor, divina luz,
Con una porra ó un mazo
Le dió al demonio un porrazo
En el árbol de la cruz.

Dios nos libre y nos defienda
De la muerte y su guadaña,
Porque no hay arte ni maña
Que con la muerte se entienda.

Cuatro pilares tiene esta cama,
Cuatro ángeles la acompañan
Y la Virgen que está en medio;
Dios me recoja á buen sueño.

Y para el porte y comercio político les has de enseñar esa coplilla, que sobre oler á mística, es el centro de nuestra profesión:

En este mundo enemigo
No hay nadie de quien fiar;
Cada cual cuide de sigo,
Yo de migo, y tú de tigo,
Y procurarse salvar;
Mas si alguno me la hiciese,
Un cantazo por detrás.

Suelen ser muy compasivos; y así, pondé-
rales tus trabajos, entre suspiros y medias
palabras, y agarrarás algo, que es á lo que
estamos. Si te convidan á comer, no seas
corto.

DOCUMENTO XII.

El tratar con monjas es contrabando,
porque como ellas no dan mas que conver-
sación, se prohíbe á todo beato gastar la
pólvora de salvas.

El que no fuere botero
Con las monjas no me trate,
Que solo trata con monjas
El que trata en cosas de aire.

No obstante, tienen su voto para tu opinión,
porque creen de ligero cualquiera virtud; y
así, visítalas el día de su patriarca no más.
Los frailes son escollo en que te quebrarás la
cabeza si los tratas mucho, porque por lo
regular son doctos y picarones, conque á
dos por tres descubrirás la caca. Busca en-
tre ellos algunos legos que dicen misa, por-

que estos suelen ser bellísimos para tu intento. Cuéntales tus mentidas virtudes y los pondrás blandos como un guante, y si tienen algún manejo, lo harás común de dos. Para quien no te doy permiso ni licencia para que los veas ni oigas, aun desde cien leguas, ni me atraveses las puertas de su iglesia, aunque sea día de santa Teresa de Jesús, es á los carmelitas descalzos. Estos son unos demoniones blancos para nuestro intento, porque son tan versados y diestros en la verdadera, genuina y fundamental teología mística, que á dos veces que te echen la vista sobre el hombro, te han de conocer la musa, y no habrá más remedio que el irte á vivir cien mil leguas de Madrid, ó llevarte en cuerpo y alma á la calle de Leganitos, donde te darán doscientos chochos por las calles acostumbradas, por embustero. Y así guárdate de estos animalicos, si quieres guardar el almarío.

Con los clérigos (de estos los hay fatales) no tienes que cansarte mucho, porque lo que únicamente saben es saber negar. No obstante, si fueren de aquellos que compran

el ser canónigos como si fuera oficio (con los canónigos de oficio no te metas), bien puedes tratar, porque suele haber algunos muy tontos y muy buenos de quien se puede decir:

Y tuvimos, de verdad,
Lástima á su entendimiento,
Y envidia á su voluntad.

A estos meterlos á beatos, y ser tú su director, y con eso tienes sobre su prebenda un beneficio simple. Con los clérigos rasos has menester observar esta regla: mira, muchos de estos, á título de bien acomodados y de fuerte bolsillo, se constituyen por cabeza y jefe de todo su linaje, hasta el quinto grado de consanguinidad y afinidad inclusive; en los congresos y consultas que tienen con sus parientes, en las que presiden con plenitud de potestad, y los parientes están como unas liebres, no se contentan con ostentar su dominio á lo poderoso, sino también á lo docto, regoldando á grandes moralistas, diciendo: Ya es opinión muy sentada en la teología moral, que la simple

fornicación es pecado mortal, y aún muchos autores graves afirman que también la sodomía. A estos les has de acudir alabando mucho las obras de Villalobos y Ledesma, que por estar en romance no tiene inconveniente el que el clerizontón diga que las ha leído, y tú haz lo que crees. Prosigue diciendo que es lástima que entierren el talento que Dios le ha dado, y pues es tan grande moralista, que saque licencia para ser confesor, y se meta á ser obrero en la viña del Amo, que lo deseas mucho para tu espiritual consuelo, y que te alegrarás mucho de que lo haga, porque parece que Dios te da luz para suplicárselo, etc. A esto te responderá que há muchos días que el señor obispo en las visitas se lo ha dicho, pero que él tomara á bien en dar buena cuenta de su alma, y que no quiere tomar á su cargo conciencias ajenas; apretar en réplicas, y la tempestad vendrá á parar, como si la viera, en *agarrabundus exultet fidelis chorus, alleluia*. Aunque no he estudiado gramática, se algunos latines volanderos, como *verbi gratia*, cuando tocan á la Ave María, ya sé

que al principio se dice: *Angelus Domini*; y en acabando de rezar, se dice: *Benedicantur Cæli*; y cuando alguno estornuda, se dice: *Dominus tecum*. Finalmente, tengo noticia de los latines más necesarios para un nombre de plaza; ten tú cuidado tambien en aprenderlos.

DOCUMENTO XIII

En cosas de monarquía no has de hablar palabra; si oyeres algo de esto, decir que nos hemos de morir, y que solo nos toca el obedecer; que en las manos de Dios están los corazones de los reyes, y que lo que estos ejecutasen esa es la voluntad de Dios. Alaba mucho á los ministros, y dí que los encomiendas á Dios muy de veras. En oyendo alguna cosa que no suene bien, por poco decente, haz mil espavientos, y luego échales á cuestras el infierno entero y verdadero, y decir que en esas cosas no gastas chanzas. A cuantos llegasen á tí á hablarte, riéte, y cógeles ambas manos, y sea trabajo ó felicidad lo que te contasen, dí á todo cuatro ó cin-

co veces: Gracias á Dios, gracias á Dios; es brava máxima esta, porque de su práctica se arguye una constancia é igualdad de ánimo, así para lo adverso como para lo favorable; y cuidado con esto, porque es el examen de los espíritus. Ahora, para lo que yo te doy licencia es para que, si alguno te diese algún vejigazo, luego que vayas á tu casa arrojes al suelo la montera ó sombrero, y lo pises, con media docena de votos; y cuidado guardarte de la beata, porque si mañana sale de tu casa, sacaré tus faltas á la calle.

DOCUMENTO XIV

No te se olvide ser muy malicioso y hacer mal juicio de todo, con el consuelo de que acertarás las más veces, y queda en duda si lo supiste por revelación; y si no aciertas, en suma es un pecado mortal, y te queda la disculpa para contigo de que es genio tuyo, travesura y viveza de natural que Dios te ha dado, y para con los demás, si acaso lo publicaste: ¡Oh, que nos engañamos! Así

fuera yo como él! Todas son astucias del demonio. Le echas un lindo remiendo para este mundo, que para el otro luego lo verás; pero no tienes que buscarme después de muerto, ni impedirme el santo sosiego de mi cama con aquello de quítenme este hábito, porque no entiendo esa jerigonza, y no te conoceré por hijo, enviándote á espulgar un perro, aunque vengas con grillos y cadenas. En las conversaciones de las casas de los señores, en donde ya te discurre introducido, es frecuente conversación el hablar de la impensada exaltación de algunos ministros' como tambien de la repentina é inopinada caída de otros; no te metas en investigar los motivos de lo uno ni de lo otro, porque el mismo que delante de tí habla en tono de conmiseración, para disimulo, suele haber sido el cómplice ó conspirante en uno ó en ambos extremos del verbo que se ha tocado; en este caso, lo que has de hacer es levantar los ojos al cielo y hacer esta exclamación: ¡Ah, señor! No apetezco bienes que se acaban, ni temo males que tienen fin. Te los dejarás sin habla, porque este es un des-

propósito como los del doctor Zafrilla, que no tenían ni respuesta ni argumento; y queda le místico en su punto, con la contera de *Arreñafa me fecit*, padre Benito.

DOCUMENTO XV

Ya no se tiene por hombre de bien ni de virtud quien no se queja de destilación, flatos y vagufos de cabeza. De todo esto te quejarás y añadirás ciertos dolores de estómago. Estas son unas enfermedades que el médico más diestro no te puede averiguar que mientes, porque son incognoscibles por el pulso, según oí muchas veces á maese Barrientes, barbero de nuestro lugar. Con esta turba de enfermedades tienes letra abierta para comer cosas de regalo cuando te conviden, ó en tu casa, si te las presentan. Dirás donde tú te entiendas, que te fatiga mucho una acre mordaz destilación, originada de ponerte á leer libros espirituales inconsideradamente, sin reparar si estabas recién comido ó recién cenado; que sientes mucho la molestia de los flatos por-

que te impiden mucho la quietud de la oración, y cuando estos te dejen, cuando más engolfado estás en la meditación, recibiendo gustos espirituales, te acometen unos vaquíos de cabeza, que contra tu voluntad te es preciso dejar el santo ejercicio de la oración; pero que lo que más sientes es el no poder dar rienda suelta á la santa virtud del ayuno; con esto no te censurarán el que por la mañana tomes por desayuno media libra de solomo en adobo, y medio cuartillo de chocolate, con dos bizcochos tan largos y cuadrados como dos tirantes, por unos acerbos dolores de estómago que padeces, originados de ciertos imprudentes ayunos que seguiste en los primeros fervores de la empresa de la virtud, y que los médicos y tu confesor te estrechan á que tomes un jícara de chocolate, mas tus pocos medios te estrechan á sacrificar tus dolorcitos á Dios, acompañando á Cristo en la cruz, porque si no es tal cual día que alguna buena alma te socorra, es curativa que no puedes seguir. Añadirás que para asimilarte á San Gregorio, ya tienes la partida del dolor de

estómago, pero quisieras imitarle en sus virtudes; pero ¡oh, Señor, que soy gran pecador! Hemos de suponer que toda esta planta no la has de hacer en el barrio de Lavapiés, porque allí no sirve, sino es en casas de estofa; y si no es que tengan corazones de bronce, milagro será si lo lloviesen sobre tí libras de chocolate. Concluirás diciendo: — Este es ejercicio que Dios me ha dado.

DOCUMENTO XVI

La elección de estado es uno de los principales instrumentos con que has de labrar la rueda de tu buena fortuna: eso de casar, ni por pienso ni imaginación. ¡Jesús mil veces! La casamienta es un veneno para el instituto de nuestra profesión. Guardarás muy bien de las doncellas viejas, porque estas, en cumpliendo treinta años, sin que se haya hecho postura á la mercadería, se arremeten aunque sea á un beato peón con su solideo. Estas tienen sus argumentos de repostería; para persuadir al santo

matrimonio, te introducirán primero en una conversación de tono humano, y luego te embestirán con aquello de más vale casarse que abrasarse; en el mismo tono responderás que eres un pobre hombre para mantener mujer ni hijos, y que dos árboles secos tarde florecen; sin dejarte respirar, te replicarán diciendo que cuando nace un hijo nace un pan. A esto has de responder, que cuando nace un hijo nace quien se coma dos panes, y el pan suele estar en Berbería; y sin darles lugar á segunda ó tercera réplica, plántate de patas y á pié firme en mitad del infierno, y demonio por aquí, y condenados por allí, Judas á un lado, porque vendió á Cristo, y Pilatos á otro, porque dió la injusta sentencia, con las revelaciones que ha habido sobre el caso, que ya me las has oído á mí. Saldrás en paz; y luego envíales la ropa blanca que tienes que coser, porque estas doncellas viejas regularmente son buenas costureras, y te hallas en tu casa, libre de cuidados, tripa horra, la costura hecha, sin costarte blanca, y ándese la gaita por el lugar. Clérigo no puedes ser, ni te conviene.

Es la razón de lo primero, porque para ser clérigo, es menester saber gramática, y tú aunque la estés estudiando quince años, siempre estarás remoto en las declinaciones de los nombres. Es la de lo segundo, porque aunque en ese feliz estado Dios te librerá de la penosa dulce fatiga de tener hijos, el demonio te carreará sobrinos, y estos te han de quitar la hacienda, y aún también la honra. Tendrás en ellos una continua é incesable gotera de pesares, que en tu vida podrás comer un bocado de pan con gusto ni sosiego; y como no estamos á eso, gracias á Dios, darle de mano; y hacia fuera, que hace calor, entre tí y tu beata podeis gastar honradamente vuestros perniles, y no te metas á mantener haraganes, porque luego quieren hacer caso ejecutivo de justicia lo que empezó por motivo de piadosa gracia. Y así, cuando te propongan el ser clérigo, tienes la respuesta en la mano de que no sabes latín, y eres ya grande para estudiarlo; y para quedar mejor y más bien opinado en la virtud, agárrate de la redoma que mostró el angel á San Francisco, y dan-

do cuatro ó cinco zampuzones en el abismo de tu indignidad, te acreditas de humilde y contemplativo, y quedarás como un cuarto.

Otro recurso les queda á los amantes de tu virtud; y es que, como en las religiones hay legos, te propondrán, como estado el más perfecto, el que te metas fraile. Hijo, no te pase por el juicio, pues aunque te persuadan que con eso tienes la comida segura para toda la vida, sin el afan de buscarla, ten por cierto que en las religiones se halla lo penoso sin peso ni medida, y los alivios con mucha medida y peso. Mas yo te quiero dar de barato que eligieras la religión más mitigada que haya en la Iglesia de Dios: dime, aunque fueras sobrino ó nepote del mismo sumo Pontífice, ¿quién te podrá librar de que Dios te depare un prelado tonto y maniático? Para esto no hay remedio. Mira, yo soy viudo, y primero me sujetara á remar en galeras que exponerme á esta contingencia. Si sobre esto te instasen y mazeasen con aquello de lo más perfecto es lo mejor, responde que en la casa

de tu Dios hay muchas mansiones, y que á unos los quiere para postas y á otros para postillones; y que, finalmente, lo pondrás en manos de Dios, y ejecutarás lo que te inspire; que no te han de acusar rebeldías para que respondas dentro del tercero día; y así, hijo, quedemos en esto: tú has de ser un perpétuo celibato, como yo viudo eterno; á mí me ha ido bien y cada día me va mejor en esta vida que he tomado, y creo, que con mi caudal y el tuyo, producto de nuestra mística bribónica, hemos de fundar un mayorazgo para Martinico, el hijo mayor de tu hermana Margarita.

DOCUMENTO XVII

El gobierno de tu casa confiarás á una criada, que solemos llamar ama; pero esta es preciso que la busques beata, con su saco y cordón y fruncida toca; y si puede ser, que sea de estas que se suelen estilar ahora de torrezno y trago; y con eso, los entrantes y salientes de tu casa, dirán, como es evan-

gelio corto, aquel adagio: «En casa del tamborilero, todos son danzantes.» Porque esto de cotilla, aguja de plata, basquiña con cola y delantal con farfalaes, es cosa muy estraña de una casa donde se profesa tanta virtud como en la tuya. A esta no te descubrirás en ninguno de los capítulos contenidos en esta mónita secreta. Haz lo que ahora te diga, porque importa. Luego que hayas cenado opíparamente, que para eso y para mucho más dá de sí la práctica de estos documentos, dirás á tu ama beata que te encienda dos velas en tu altarito, para tus ejercicios espirituales de oración y disciplina. Te cerrarás por dentro con llave ó aldaba, no te quito ni te aconsejo que dejes de rezar el rosario de Nuestra Señora; y no sabiendo la beata si tu oración es vocal ó mental, ella lo atribuirá á lo más perfecto. Coge luego tus disciplinas, y dá con ellas donde te se antojase, con tal que no sea en tus nalgas, de modo que la beata lo oiga. Luego te acostarás en tu cama de colchones, y mientras el sueño no te rondase las orejas, ten cuidado de hacer algunas ruido-

sas exclamaciones á Dios, ya amorosas, ya penitentes; habla recio, fingiendo que hablas con otra persona, ofreciendo ayudar con tus oraciones y espirituales ejercicios, y creará la beata que estás hablando con el ánima más sola, que viene del otro mundo á mendigar tus oraciones; pero luego que te venga la gana de dormir, duerme á pierna suelta, hasta que, harto ya de sueño, despiertes aunque no haya salido el sol, á las nueve de la mañana.

Luego que te levantes, harás tu cama, de modo que la beata crea que has dormido en la cama de la penitencia, porque la de los colchones la has de dejar de modo, que parezca que nadie ha llegado á ella. Luego abrirás la puerta, é irá tu beata con un jicarón de chocolate y dos bizcochazos como el puño. Y preguntado de ella cómo has pasado la noche, responderás que de todo ha habido: algunos ratos de sequedad y desamparo en la oración; y otros, apiadado Dios de tu conformidad, te ha favorecido con algunas espirituales delicias, etc. Cuando tu beata te lleve á la mesa algún plato

delicado de regalitos que te enviarán, darás un suspiro, diciendo: ¡Oh, válgame Dios, de cuán buena gana alargara yo este plato á un pobrecito! Paciencia, primero es obedecer. Entónces, apretar con ello, de modo que dejes poco que hacer á la fregatriz. El fruto de la práctica de este documento, es más de lo que tú te piensas, porque su norte no es para cabezas redondas como la tuya.

Enviarás á tu ama beata á casa de los señores, con ligero motivo de cuidado, á saber cómo están; por rigurosa ley de cortesía, le han de preguntar por la salud del hermano Carlos del Niño Jesús. Aquí entra el conjuro: sin que la dén tormento dirá que está pasmada de la vida que traes; que lo poco que comes, es á fuerza de ruegos que ella te hace y por la obediencia de tu confesor; que todas las noches duermes sobre unas desnudas tablas, y por cabecera una piedra, sin conciliar más sueño que suspiros, y hacerte el cuerpo una salchicha á disciplinas; y para descanso, toda la noche es entrar y salir ánimas, que del otro mun-

do vienen á pedir tus oraciones; y esto, que lo ha oído ella, y si la aprietan un poco, lo jurará por el hábito que trae. La encargarás que no dé puerta franca á todas las visitas que te vayan, sino es que sepa distinguir de colores; esto es, á los que en el vestido se conoce que no pueden dar de sí, que les responda: Está su merced en la oración, y no se le puede entrar ahora recado. A la gente de estofa, que pase adelante; y ojo á que te encuentren siempre con el rosarion en la mano, ó con el librito *Manojito de Flores*, ó las obras de Kempis. Está advertido en que cuando más engolfado estés en el tragar y cuando mejor te sepa lo que comes, te has de enderezar, sentado como estás en tu silla, darás á la cabeza cuatro ó cinco veces á un lado y á otro, y has de decir: No puedo, no puedo; no tiene remedio; ¡sobre no poder entrar! Entonces, tu beata; sobrestante de tu mesa, te acudirá diciendo: Vaya, señor, por la hiel y vinagre que dieron al Señor, otros cuatro bocaditos, que está el guisado que lo pueden comer los ángeles. Entonces, apechugar con ello, hasta roer los

huesos. Todo esto lo dirá ella, y aún algo más, sin que tú se lo encargues.

DOCUMENTO XVIII

No has de dar paso en que no lleves por delante el aumento de tu buena opinión. En las procesiones públicas que suele fomentar la devoción cristiana, para el socorro de las públicas necesidades, como de sequedad, epidemia, langosta, etc., seas tú el primero que asistas á ellas, y cuidado con agarrar la cruz, ó á lo menos la campanilla, un cordel de esparto, con sus nudos, al pescuezo, y tu coronita de espinas; esto es cosa que no duele, ni quita las ganas de comer, y encantarás con esto al más distraído pecador. No será malo, que así que cojas la campanilla, antes que el sacristán entone la antífona ó *Kyrie eleison*, des dos campanillazos, llamando la atención del pueblo, y en tono de publicar misión, cantes una jaculatoria. Esta es linda:

En la casa del que jura
No faltará desventura.

Las mujeres mal casadas, que entre tempestades de votos y juramentos, suelen llevar algunos puntapiés en lo delgado de la rabadilla, te lo agradecerán, diciendo: Bien haya tu pico, y, finalmente, sabrán todos que estás allí.

No incurras en la vulgar costumbre de ser penitente de azote los jueves ni viernes Santos en las procesiones solemnes de esos días, porque esa es una penitencia que el más bergante la suele hacer; no adelantas nada con eso, y puede ser que te haga daño y á lo menos, aunque no es mucho, suele doler algo la pelotilla de cera y vidrio. Fuera de que no es razón que un espíritu como el tuyo, en la opinión digo, que en lo demás yo te discurre dos dedos menos que ateista, se univoque en tales acciones de virtud que hacen ó suelen hacer los rufiancillos, por especie de galanteo á sus chuscas. Ahora bien; lo más que puedes hacer, para que se sepa que en todo lo bueno te hallas, es ponerte un alba con tu cingulo y el dicho cordel de esparto, con tu corona de espinas, unos grillitos con su cordelito, para ir ali-

viando su peso, el pelo encenizado, dividido en dos peluchones, que caigan por encima del hombro al pecho, que te tapen parte de la cara, y esto á cara descubierta y sin capuz, la cabeza torcida y los ojos bajos, parecerás una verdadera efigie de un *Ecce-homo*, y dirán las mujeres compasivas, en voz de lamentación: Dios te lo reciba, Dios te lo reciba. ¿Y es todo esto? Pues todo esto no duele nada, cuesta poco y vale mucho.

DOCUMENTO XIX

Ya es rara la ciudad en España que no tiene erigida escuela de Cristo, religiosa y loable fundación del señor San Felipe Neri; luego te declararás por pretendiente de tan Santa Congregación; y no dudo, que según tu buena opinión serás provisto en la primera vacante que haya. Ya que estés en posesión, está advertido en cuanto te llamen á ser ejercitado; siempre has de decir que por la misericordia de Dios no has faltado en ejercicio alguno de los establecidos

por la santa escuela, y que en orden á los afectos, las pocas veces que los has sentido ó llegado á conocer (aquí tácitamente públicas tus sequedades, desamparos y tinieblas interiores, moneda muy corriente entre los grandes espíritus) han sido de perseverar en el camino que has comenzado (y dile que falte por el repulgo, y deseos de ser de todos abatido, aunque en la realidad tus deseos sean de que te la pague quien te la hiciese, y si no fuese el partido igual por la magnitud del ofensor, á lo menos un cantazo por detrás, pues por grande que sea el contrincante, de eso no lo podrá librar la madre que lo parió. Te introducirás con los ancianos de la santa escuela, porque en cosas de virtud tienen especial voto para acreditarte; á pocos meses te harán diputado mayor ó menor, y serás uno de los de la junta, y te hallas de manos en la masa; harás ostentación de que no eres aceptador de personas; y así, en las juntas donde se trate de la corrección ó castigo de algún hermano de la congregación, justicia seca en él, echarle la ley á cuestras y salga fuera;

pero si fuere pariente tuyo, ó bien quirierte, entonces no ha de haber para tí más ley que el extremo á que tu pasión te inclina, á pesar de todas las constituciones y acuerdos contenidos en el libro de decretos; y sobre esto, no te des á partido ni cedas á nadie, aunque el mismo San Felipe Neri se empeñe en convencerte. Mas esto, con tanta maña, que sin descubrir que procedes apasionado, logres tu gusto y empeño, á pesar de todos y de la razón. Sobre esto, ya te daré dilatada instrucción cuando llegue el caso.

Ten cuidado de traer entre manos siempre una máxima espiritual, y parlarla en alto estilo. Ahí tienes las *Moradas de santa Teresa*, y hay bravos bocaditos. Ten habilidad para contraerlos, de tal forma, que juzguen tus oyentes que son inteligencias que has adquirido en la oración. La más frecuente de la que has de usar, por ser de más difícil práctica, es ó será esta: Quien quisiere negocios conmigo hágame agravios. ¡Ah, buen imitador de Cristo! dirá el más zafio. Diráslo así; pero en todo caso ten cuidado de de que cuando te lleguen á dar el Viático,

no tengas que perdonar á nadie agravio alguno, sino es chico ó grande, que lo tengan ya purgado en esta vida; y como tú seas hombre de habilidad, puedes vengarte de quien quisieres, con capa de virtud, y este es el mayor primor de la tramoya, diciendo: Porque no se pierda esta alma más vale que viva corregida en esta vida que no el que la muerte la coja obstinada; y dar un cañutazo contra él, que lo levantes cien varas en alto, como si le arrimaras un barril de pólvora. El superior te lo agradecerá, por el motivo y la ocasión en que lo pones de asentarle la mano en el bolsillo ó en la persona; quedas acreditado de celoso de la honra de Dios, y al mismo tiempo te ves vengado de quien te hizo la fechoría disonante.

DOCUMENTO XX

Síguese ahora dar respuesta á tus consultados pensamientos. Al primero de quitarte el pelo, digo que respecto de ser cosa que redunde en conveniencia de invierno y

verano, cebo del amor propio, y en aumento de la opinión de virtud, soy de parecer que luego lo hagas, pero sin afectación de guejitas, sino es, como tú dices, á rapa terrón, y aunque te dejen algunos trasquiloncillos no importa; con eso publicas cierto dejamiento ó renuncia de tí mismo. El segundo pensamiento es como parto de tu necesidad. Ven acá, hombre, ¿no ves que eso de echarte el sayal es la ejecutoria de embustero, y cualquiera que te vea te hará una higa, diciendo: Cata aquí la cruz antes que á mí llegues? siendo así que nuestro instituto es el ocultar lo artificioso del embuste y publicar la virtud. ¡Jesús, y qué delirio! Yo aseguro que si salieras con ese disfraz, no hubiera alma que te creyera, aunque con una navaja te llenaras la frente de cruces; no, hijo mío, eso menos. Vístete de paño bueno, tu valoncita sin encajes, á lo viudo y estilo antiguo, tu sombrero negro sin forro, con un cordoncito, como sombrero de fraile, y tendremos una efigie de un místico que se podrá regalar con ella por Navidad al mismo Herodes. El tercer pensamiento es bueno,

pero ahora no es ocasión; lo uno porque aún eres muy mozo para escribir libritos; lo otro porque ahora anda una tempestad de escribir los médicos unos contra otros, los astrólogos contra los médicos, y estos contra los astrólogos, que no encontrarás prensa desocupada; deja pues que se acabe esta tempestad, que luégo entraremos nosotros con la nuestra. Ya te avisaré yo.

Si te llamasen á ser medianero y compositor de alguna discordia, no te niegues á eso, porque es relumbrón de un místico ser el iris de su pueblo y el *Pax vobis* de las quimeras. Lo que puedes hacer es estar con ambas partes, y á cada una decirle que le sobra la razón; con eso los dejas peor que estaban, y no te malquistarás con nadie.

Aunque sepas que tu beata hace sus ciertas frituras de torreznos para merendar, haz la vista gorda, y no te des por entendido, aunque luego al cenar diga que ella con un huevecito tiene que le sobra; disimula el engaño, porque si todo lo quisieres llevar por sus derechas veredas, llegará el caso de que anden los cojos á muletazos; y así, lo

que conviene es callar, y callemos, que sendas tenemos.

Una solución tengo que suministrarte á una dificultad, en que todos los días te verás de piés en ella; y es que esa vida regalona con tu porte de bribón, te saldrá á la cara; estarás gordo come un cebón bien cebado, y colorado como un tomate bien maduro. Tus amigos, cuando te saluden, te dirán: ¡Válgame Dios, qué gordo y colorado está el hermano Carlos! A esto no has de responder: Sí, gracias á Dios; porque en fuerza de esta respuesta quedarás convicto de poco mortificado, y se cae todo el andamio de todas tus tramoyas, y quedas descubierto en vista y revista, en la esencia y existencia de hipócrita bribón. Tampoco responderás: Esto lo hace la gracia de Dios; quita allá, esta es respuesta de beata fullera, que al primer folio está todo el inventario de sus zorrerías. Yo te daré otra respuesta que pueda engañar ó hacer suspender el juicio al médico más diestro; y así, luego que te ponderen tu gordura y buenos colores, responderás diciendo: ¡Cuerpo de

Cristo! estos colores que á ustedes les parecen buenos, son mi mayor enfermedad; estos colores son el verdugo de mi salud, porque son originados de un intensísimo incendio de hígado que me carrea unos grandes dolores de estómago, que me impiden el tener las dilatadas horas de oración que mi alma desea, con más el trabajo de una suma des-templanza fría de estómago, que si no bebiera un tragito de lo de Peralta, en veinticuatro horas no pudiera cocer ni digerir el poco alimento que tomo. Aunque parece que estoy gordo, la cara me engaña el cuerpo; si este me lo vieran ustedes, me verían las costillas pegadas al espinazo. Cata aquí que dirás en esto un disparate, y creerán que tu cuerpo es una verdadera efigie del esqueleto del hospital general, á continuadas disciplinas y cilicios. Finalmente, hijo mío, estos documentos se reducen á que consigas la felicidad que contienen esos dísticos de Cicerón, que me los tradujo de latín en castellano cierto amigo músico, y dicen así:

Tenga yo salú,
Con paz y quietú,

Di nerillos que gastar,
Vestir y calzar,
Y ándese la gaita
Por el lugar.

Luego que tengas 300 doblones de lucha, avísame, para que, juntos con los que yo tengo, se compren unas heredades y un cortijo, para fundar el mayorazgo á Martinico. Si tú salieras tan diestro como lo ha salido una discípula que tengo aquí, moriría consolado; pero eres un zote, y no tengo mucha confianza en tu práctica. Adios, hijo, que te guarde muchos años. Granada y Junio 10 de 1729.

Tu padre, que te estima mucho,

DON ALEJANDRO GIRÓN.

PROTESTA DEL AUTOR

Aunque el título de esta obra podía servir de protesta, no obstante, protesto nuevamente que toda proposición negativa que en el sentido literal se oponga á los dogmas cristianos, buenas costumbres y máximas de perfección cristiana, es mi ánimo que tenga la inteligencia de proposición afirmativa; y la afirmativa que mostrase tener la misma disonancia, quiero que se entienda por negativa; y esa oposición protesto que es solo en fuerza de la frase que sigo. Así lo siento y afirmo como cristiano católico. Madrid y Junio 11 de 1729.

DON FULGENCIO AFAN DE RIBERA.

LA VENGADA A SU PESAR,

POR

D. ANDRÉS DE PRADO

LA VENGADA Á SU PESAR

POR

D. ANDRÉS DE PRADO

natural de Sigüenza.



Una noche de las tenebrosas de invierno, que con horrores de densas nubes y fúnebres sombras, causaba espanto al más denodado pecho, ocasionadas de lo proceloso de una deshecha tempestad que con torbellinos de truenos y borrasca de relámpagos, obligaba á temor y anunciaba tímidas aventuras, caminaba Periandro por lo encumbrado de una montaña en el reino de León, en un lucido hijo de Erbonas, tan noche en la color, que parece esta le tomó por dechado para parecer más lúgubre. Solo camina-

ba, mas no tanto que sus pensamientos no le sirvieran de crueles camaradas en su nunca imaginada partida: digo no imaginada por haber sucedido el caso que á esto le obligaba tan repentino. Bajaba, pues, por lo angosto de una senda, deseoso de hallar algún pobre albergue para guarecerse de tan impensado suceso, á tiempo que oyó una voz que de lo oculto de unas intrincadas matas le decía: Si hay piedad en los cristianos pechos, y tú, cualquiera que seas, la tienes, socorre á una desdichada y congojada mujer, que este nombre te puede obligar cuando no te mueva mi voz, que desfallecida te avisa de la pena que mi cuerpo padece. Desmontó apresurado el valeroso joven, y desnudando la luciente cuchilla, terciando al brazo la capa, fué siguiendo estos últimos ecos; mas llegando al puesto de donde la voz salía, vió en él un bulto, que con diversos vuelcos daba muestras de su ahogado espíritu; procuró levantarle, y viendo no ser posible, lo acomodó para que tomara algún aliento; pero quiso el cielo, que siempre socorre á los que afligidos le invocan, divisase

algo lejos una pajiza choza, de la cual salían muchos resplandores de encendidas teas; parecióle que para descanso de aquel fatigado cuerpo, sería mejor llevarle adonde la luz se divisaba; y tomando su caballo acudió al referido puesto con la diligencia que fué posible; dió cuenta á los rústicos habitantes de la presente desdicha, los cuales vinieron al ya dicho sitio, y acomodando en sus fornitos brazos á la lastimada señora, la llevaron á ella, con cuya diligencia cobró algunos alientos su fatigado espíritu, dando muestras de agradecida con humildes señas, por tener la lengua ocupada de la molestia que la causaban tres penetrantes heridas que en su rostro y gallardo cuerpo por las manchas de la sangre mostraba. Acudieron piadosos á su cura; y habiendo cocido salutíferas plantas en mediano, si no acendrado vino, se las lavaron y aplicaron las yerbas, dándole alguna aunque rústica refección á su postrada persona, dejándola quieta para que pasara sosegada lo que de la noche restaba. Recogióse nuestro Perianandro, y los rústicos, algo retirados para hacer

lo mismo hasta que el día, bien deseado de todos, les diera luz para buscar el conveniente remedio para aquella afligida señora.

Amaneció lucido el príncipe de los astros y padre de las luces, siendo hora para que nuestro caballero, que cuidadoso había estado de saber cómo se hallaba la herida, se levantase, y llegando adonde la había dejado la noche antes, la halló, viendo en su rostro un prodigio de perfección; y habiéndola saludado cortés, á que correspondió agradecida, la preguntó cómo se hallaba de sus heridas; á que respondió que con mucho alivio por la diligencia de su amparo, cura y asilo. Quisieron los rústicos dar cuenta al lugar cercano de esta desgracia, mas no lo consintió Periandro, pareciéndole que con el movimiento se le podían nuevamente alterar las heridas á la dama; y á la verdad no era sino pena de que se apartase de su vista aquella que con la suya le había hecho de libre, esclavo de sus lucientes rayos.

¡Oh, amor, de cuántos ardidés te vales y vales por ardid! A piedad mueves cautelo-

so, y es cautela para precipitar el corazón incauto á que ame y pretenda atrevido: tal era la centella que se había introducido en el pecho de este caballero así que vió la belleza de la herida dama. Fueron los villanos á su cotidiano ejercicio, y en el ínterin pidió Periandro á su nuevo empeño, le diera noticia de su desgracia, de su patria, estado y nombre; á que se excusó diciendo, era aumentar su achaque referir lo que pedía; y por no disgustarla, remitió el saberlo para mejor ocasión. A esta sazón pasaba un cirujano del lugar vecino á otro á cierta cura, y avisado de los pastores, Periandro le suplicó viese las heridas á la dama, ofreciéndole satisfacer, á que el cirujano se ofreció con mucho gusto, por haber visto en nuestro héroe un no se qué de autoridad oculta. Visitóla, y viendo las heridas, dijo no ser de cuidado, cuya alegre nueva satisfizo este caballero con una rica sortija que en su mano traía; y habiéndole aplicado nuevos remedios, se despidió, ofreciendo volver otro día, y otros si fuese menester, hasta dejar del todo sana á esta señora. con que siguió

su camino. Gustoso quedó Periandro viendo había hallado el remedio á su deseo sin entrar en poblado, y enviando á uno de los pastores, que esta era su ocupación, al pueblo, dándole dineros suficientes, mandó le trajeran los regalos necesarios para la asistencia de la enferma, á que ella correspondió con muchas gracias del cuidado que su valedor le mostraba en su regalo y cura. Aquí, entre las corteses razones vino á descubrir nuestro héroe un más que mediano ingenio, acompañado de modestos y finos agasajos, incentivos de la voluntad, y redes del albedrío, que sirvieron de alimentar la nueva afición y recién nacida voluntad, para que llegara á crecer gigante y conservarse firme, como se verá.

Ocho días pasaron, en los cuales no sucedió accidente alguno, hallándose muy mejorada esta dama con las visitas del cirujano, que las hizo con mucho cuidado, bien gratificadas de nuestro Periandro, al cual un día que se halló á solas le dijo esta dama cómo era forzosa su ausencia; mas viendo el sentimiento que por ello hacía, le consintió

que la acompañara, si bien con el pretexto que no había de pasar de los límites de la cortesía, que nuestro caballero ofreció con juramento. Satisficieronles la buena obra á los pastores, con lo cual se partieron por una inculta senda, yendo la dama á las ancas, y Periandro gobernando su orgulloso caballo en la silla. Bien habían andado más de tres leguas cuando Periandro le pidió á su yamorado dueño le refiriese la causa de haberla hallado en aquel sitio, á tales horas, tan herida y lastimada; á que la dama satisfizo diciendo:

Cuatro leguas poco más de aquí dista, oh, noble caballero, la siempre ilustre Segovia, ciudad rica y abundante, habitada de nobles y ricos caballeros como de discretas y bellísimas damas: esta es mi patria; mi nombre Anarda, tan desgraciada, que pudiera por antonomasia llamarme la propia infelicidad. Nací hija única de heróicos y ricos ascendientes; pero ¡qué le importa la riqueza á la que nació sin dicha! Criéme de tiernos años con mis padres, que en breve pasaron de este á mejor siglo, heredando yo

junto con la calidad, un cuantioso mayorazgo, que pasa de seis mil ducados de renta; quedé sujeta á una hermana de mi difunto padre, señora ya mayor, ejemplo de virtud y archivo de perfección. De este modo lo pasé hasta los tres lustros de mi edad, que trató esta señora darme estado, viendo los muchos pretendientes que me salían, ya movidos de mi hermosura, ó ya de mi hacienda, como ellos decían.

Habitaba pared en medio de mi cuarto un caballero, mozo en la edad, galan en la persona, y rico en los bienes de naturaleza, si bien en los de fortuna muy pobre, recién venido de Indias á ciertas pretensiones: á este un día ví entrar en su posada desde unas celosías, y os aseguro me aficionó su talle y gallarda presencia, porque luego sentí dentro del pecho un volcán en que el corazón dulcemente se abrasaba, víctima que en holocausto ofrecía el alma á su gentileza; reprimí mis deseos, recogí mis pensamientos, y á mí misma me dije libre, desordenada y otras razones para moderarme; pero ¡qué vale la corrección donde está la

fuerza del hado! Propuse el no salir á mis ventanas, juré el no abrirlas, y traté á mi memoria condenarla á perpétuo olvido; pero ¡ah, inconstante oferta! pues ella misma me inclinaba y excitaba á hacer lo contrario. Pasé algunos días, hasta que uno festivo salí acompañarla de mi tía y un gentilhombré, criado antiguo de mis padres, á cumplir con las obligaciones de cristiana, á tiempo que don Antonio, que este es el nombre del forastero, estaba acabándose de vestir en un cuarto bajo, cuyas celosías salían á la principal calle por donde habíamos de pasar; fué fuerza vernos, y, ó ya sea curioso, ó ya motivado de nuestra vista, salió en breve siguiéndonos hasta la iglesia, en la cual todo el tiempo que estuvimos no apartó un punto los ojos de mi persona, diciéndome con ellos su deseo; los míos os aseguro que, aunque cubiertos del sutil manto, deseaban, por más que los apartaba, hacer lo mismo.

Acabóse la fiesta y con ella esta amorosa batalla; siguiónos don Antonio, y sabiendo nuestra casa, fué vigilante centinela en in-

quirir quién yo era, mi calidad y estado; fué informado, muy á satisfacción, por una criada mía, la más allegada; trató declararse por un papel que llegó á mi mano por las de mi sirviente, y aunque al principio la reprendí y rehusé, fueron tantas sus persuasiones, que me obligaron á tomarle; mas con el presupuesto de no responder, y abriéndole, vi que decía:

«Quien padece sin declarar su mal, no
» busca el remedio á su dolencia; yo, her-
» mosísima Anarda, os adoro con tan casto
» amor, que solo se dirige á haceros dueño
» de mi persona, pues lo sois de mi alma;
» atrevido juzgaré mi pensamiento si re-
» parais en vuestros méritos; pero ellos mis-
» mos disculpan mi arrojo, por haber sido
» el motivo, que quien busca lo mejor no es
» digno de castigo, sino de premio; este es-
» peraré yo de vuestra mano, pues el a po-
» drá premiar mi esperanza, si la consigo,
» para que os merezca esposa quien os ve-
» nera esclavo.

DON ANTONIO.»

Leí este papel delante de Leonisa, que este es el nombre de mi criada, la cual me exageró las prendas, condición y calidad de este caballero con tantos hipérbolos, que pudiera tenerla celos, á no ver la desigualdad que había entre las dos. Hice desprecio del papel, y mandéle no me tratara más de esta materia, si quería estar en mi compañía, á lo cual se disculpó ofreciendo no darme enfado. Acertó á venir á visitarme una amiga, por lo cual, dejando á Leonisa, salí á mi estrado á cumplir con aquella obligación forzosa; llegó doña Juana, que este era el nombre de mi amiga, algo melancólica, y despues de haber pasado los corteses cumplimientos, la pregunté la causa de su tristeza, ofreciéndole, ya que no del todo el alivio, al menos lo que yo pudiese hacer para sublevarle en parte su fatiga; á que respondió agadeccida, dándome cuenta de su pasión con algunos sollozos, en las siguientes razones:

Dos años ha, discreta Anarda, que como sabes mudó su casa mi padre de la gran Sevilla á esta ciudad, en los cuales no ignoras

la amistad que las dos hemos profesado; también tienes noticias, amiga mía, y has visto en mí el recogimiento que siempre he guardado. Pues has de saber que habrá como tres meses vino á sus pretensiones don Antonio de Leiba, vecino tuyo, el cual en Sevilla me miró con las atenciones debidas á las mujeres de mi calidad; este, pues, ha como algunos días que se ha entibiado en su amor, tanto, que me ha movido á saber por tu medio, si es posible, la causa de que nacen estos desvíos; por lo cual estimaría que Leonisa le llevase un papel de mi parte, para entender el origen de su olvido. Esto es lo que me tiene sin gusto, esto es lo que me aqueja, y esta, en fin, es la inquietud que el alma padece; y pues me ofreciste remedio, ese te pido.

Cual yo quedé, bien lo podeis colegir de quien estaba tan á los principios de su voluntad, y aunque tan arraigada, disimulé mi pena, ofreciendo hacer lo que me pedía; y llamando á Leonisa, hice llevase el papel de doña Juana á don Antonio, que ella llevó muy contenta, imaginando ser mío; mas lue-

go salió de esta duda, como vereis, porque habiéndosele dado y conocido la letra, la despidió desabrido, diciéndola respondiera á doña Juana no estaba para obedecerla por cierta ocupación; y de paso le dijo: Advertid á la señora Anarda no se emplee más en estas diligencias, pues no conoce los sujetos que las piden, que no hablan verdad en lo que informan, ni tienen razón de lo que se quejan.

Esta fué la respuesta de don Antonio, y aunque yo, viendo el desaire, pude quedar satisfecha, no obstante, siempre tuve algún recelo, de si me trataba con verdad. Cesó la visita con el día, yéndose doña Juana con la misma tristeza, á mi parecer, del desprecio referido. Pasamos Leonisa y yo lo que de él restaba en ponderar el desaire hecho, y ella de su parte me encareció lo que don Antonio le había dicho á la despedida. Al cabo de algunos días volvió mi amante á insistir en su pretensión, y viendo mi desprecio, me envió unas décimas glosando esta cuartilla, que se había hecho á una dama de palacio del propio nombre:

Pues es ya mi vida Anarda
Y ella no quiere que viva,
Yo me muero porque estoy
Sin esperanza de vida.

Se mandra mi afición,
Porque ve cuánto interesa,
Se solicita pavesa
En tan rara perfección;
Y alegre mi corazón,
Que al mirarla se cobarda,
Dice (con anxia gallarda,
Que ánimos puede infundir):
No temas, que he de morir.
Pues es ya mi vida Anarda.

Amoroso me importuna
A que os adore rendido,
Porque siempre al atrevido
Favorece la fortuna;
Todo mi valor se auna
Para adoraros equiva;
Y con esta llama activa
Que me llega á persuadir
Vue vo, señora, á vivir,
Y ella no quiere que viva.

Yo estoy herido con gusto
Del arpon de vuestros ojos,
Y entre tan dulces enojos,
Me parece el rigor justo;
No esperéis que llame injusto
Este ceño desde hoy,

Que á vuestra presencia voy,
Donde podré blasonar,
Si otros mueren por no estar
Yo me muero porque estoy.

No espero, no, mejor suerte,
Sino que logreis el tiro,
Pues que con ansias aspiro
A tener vida en tal muerte;
Dulce fin mi amor advierte
En dicha tan conocida,
De mi fe bien merecida,
Pues podrá blasón tener,
Que por vos se llegó á ver
Sin esperanza de vida.

Estas décimas, junto con su retrato, llegaron á mi poder por orden de Leonisa, que me dijo que, aunque perdía mi casa, no había de pasar en silencio las penas que yo le causaba á don Antonio, pues por mis desvíos había estado casi en los umbrales de la muerte. Asegúroos, señor Perianbro, que lo sentí, y que me pareció no era razón dejar de aplicar el remedio sabiendo el achaque, y que se originaba por mi desprecio. Obligóme por esto á favorecerle, enviándole una banda verde con puntas de oro, para que

con su color cobrara esperanza y sustentara el brazo, por estar sangrado, y las puntas para asegurarle de mi firmeza, juntamente con un papel respondiendo al primero. Aquí le pidió nuestro caballero lo refiriese, á que con algunos colores lo hizo, que le ocasionaron sus memorias y recato natural diciendo:

«Arrojo os parecera, señor don Antonio, »el escribir una doncella á un caballero libre; pero no lo juzgueis, sino entended que, »movida de la pena que referís, lo hago »solo para que no me noteis cruel, dándoos »licencia para que me veais, con el respeto debido á las mujeres como yo; ahí »os envío esa banda para el descanso de »vuestro brazo; yo le tendré si tratais de pedirme á mi tia por esposa; pues no siendo así vuestro intento, dudaré de la verdad que acreditais por el vuestro. Dios os guarde.

ANARDA.»

Este papel llevó Leonisa muy contenta, por haber alcanzado lo que le pareció impo-

sible de mi condición, y más por las albricias que don Antonio le dió, que fueron algunos doblones, que no es pobre amor favorecido en sugeto deseoso de alcanzar lo que pretende. Hizo extremos de alegría viendo le daba licencia para verme; y concertando con Leonisa la hora, la despidió, previniéndose para el día siguiente de una costosa gala, que lo bien tallado de su persona le daba nuevos realces al adorno. Volvió Leonisa con tanto alborozo, que dudé si acaso era la interesada, y nuevamente me encareció la afabiliad, cortesía y trato de mi nuevo dueño, diciéndome que el día siguiente estaría muy puntual á visitarme; encarguéle el silencio, á que se ofreció con muchas maldiciones, con que le fié mis ansias, que hasta entonces las había tenido ocultas, dándole cuenta de mi amorosa pasión y de lo sucedido cuando le ví entrar en su posada, y juntamente el habernos seguido hasta la iglesia, con lo demás que ya sabeis.

Vino el día y con él la hora señalada en que había de venir don Antonio, que fué tan puntual como ella; y siendo avisada de

Leonisa, dejando á mi tía en su oratorio, salí á recibirle, exagerándome su dicha con tan amorosas razones, que engañaran á la más prevenida; dilo crédito quedando entre los dos ajustada la correspondencia con la condición referida, que revalidó con muchos juramentos. Algunos días duró nuestro amor sin zozobras; pero ¡cuándo no suceden á los infelices, y más á quien lo era como yo! Sucedió, pues, que, llegando á noticia de doña Juana nuestra voluntad, trató su venganza de esta suerte.

Vivía frente de mi casa una señora, ya de mucha edad, y con tan gran miseria, que lo pedía para poderse sustentar, á la cual diversas veces yo había socorrido con tanta liberalidad, que su boca era la que me ponía límites; esta, pues, tenía entrada á todas horas en mi cuarto; vió en él un día á don Antonio, y habiéndole saludado, le preguntó su estado y calidad, á que le satisfizo dándole noticia muy á su gusto, de que recibió mucho contento Matilde, que este es su nombre, y habiéndole dicho don Antonio su intento, lo aprobó, ponderando cuán acerta-

da era su pretensión por mi hacienda, nobleza y méritos, ofreciéndose sería nuestra estafeta en el ínterin que no se concluía el casamiento, trayendo los papeles que se ofreciesen. Agradecíle este agasajo, y dió'e don Antonio algunos reales; despidiose gustosa, llevando estas nuevas á doña Juana, que se las pagó con mucha largueza, valiéndose de esta mujer para vengarse de mí. Encargóle el secreto de su mal deseo, ofreciéndole grandes premios si lo conseguía, alentándola Matilde con el seguro de su favor, con cuya oferta se dispuso á solicitarme todos los disgustos posibles. Con este intento viniendo á visitar á mi tía, le dió noticia de mi amor y cuán adelante estaba la correspondencia entre don Antonio y yo. Hizo mucho sentimiento doña Bárbula, que este es su nombre, con esta nueva, tratando de saber por más menudo la verdad, siendo de ahí adelante un argos en la custodia de su casa y mi persona, sin darse por entendida hasta averiguar la verdad.

Con estos inconvenientes pasaron algunos días que no pude ver á don Antonio, y en-

viando á Matilde á saber la causa de su olvido, la dió un papel en quien venía un retrato que había hecho en ecos, harto difícil metro, al asunto de haberle yo despedido por no aumentar los cuidados de mi tía, viendo que si aseguraba sus recelos, había de ser la que padeciese más zozobra. El papel decía:

«No podrán, bellísima Anarda, los azares que suceden en mi amor ser equivalentes á borrar del pecho tu imagen; tanta perpetuidad le aseguran mis cariños y tanto merece el idolatrado dueño de mis potencias; tan fija vives en mi memoria, que el tiempo, que todo lo consume, y el olvido, que todo lo borra, han perdido del todo sus fuerzas para conmigo, que te amo firme y tolero constante.

DON ANTONIO.»

Este, junto con el retrato, vino á mi poder por Matilde, que regocijada me lo trajo, diciéndome cuán lastimado quedaba don Antonio por no poderme ver. Aquí le pidió Periandro refriese el retrato, si se acordaba,

á que Anarda satisfizo diciendo: Si mal no me acuerdo, era este:

RETRATO DE ANARDA EN ECOS

Tu beldad que me despide
Pide á mi amor que se *niña*,
Niña, que te haga un retrato,
Tráto mi afición codicia.

Principio por tu cabello,
Bello prodigio que aviva,
Viva esta fe que renace,
Nace de so o su vista.

A tu frente mariposa
O a mirarla *atrevida*.
Vida que se pierde en ella,
Ellu se gana á sí misma.

Tus cejas que en dos arpones
Pones, con que amor esgrima,
Grima publican y enojos,
Ojos por saetas vibran.

De *zabuche* negras flechas
Hechas, y aunque se retiran,
Tiran el alma tras sí,
Sí que son de imán tus niñas.

La nariz que te conviene
Vie e porque amor lo afirma,
Firma bien proporcionada,
Nada grande, nada chica.

Porque ella al Abril socorre,
Corre, y en su rostro admira,
Mira entre bellos desmayos,
Mayos hechas tus mejillas.

La grana en los labios provoca
Boca breve que fulmina,
Mina de Tiro y Sidón,
Don que tributan las Indias.

Su cuello atlante divino
Vino á ser, pues su porfía
Fia que sustente un cielo,
Hielo que su aliento anima.

En su talle que se ajusta,
Justa la razón lasciva,
Iba á decir que el donaire
Aire en su garbo publica.

Tan ajustado prepara,
Para, mueve y solicita,
Cita á todo humano pecho,
Hecho á sentir tus heridas.

Tus bellas manos, zagala,
Gala que el Abril mendiga,
Diga que la dan prestado
Estado á su bizarría.

El vestido que descubre
Cubre para mis desdichas
Dichas que lograr espero;
Pero no llega su día.

A tus pies llegué postrado,
Hado feliz me seguía,

Guia que supo en un punto
Punto poner en dos cifras.

Retrato bello de Anarda,
Arda e-ta llama que avivas,
Vivas cual fénix ingrato,
Grato mi amor te consiga.

Exageró Periandro lo bien escrito, que no fué poco para quien estaba enamorado alabar en presencia del objeto amado otro sujeto; pero no quiso lucir ponderando faltas ajenas, que es de muy ruines pechos acreditarse con pérdida del favorecido; tienen los tales la propiedad del camello, que al tiempo de beber enturbia con sus piés las aguas, no sé si es por no verse, ó porque le parece que les da mayor claridad: ¡oh condición brutescas de muchos que entienden que ellos solos son los entendidos, siendo la misma ignorancia!

Viéndome, pues, alabada y cortejada de este caballero, como tengo dicho, determiné resolverme, á pesar de mi tía, á darle entrada en mi casa por una puerta falsa que de un jardín salía á otra calle más retirada del concurso y trato; y avisándole con Ma-

tilde para la siguiente noche, habiéndole dado la llave para que se la entregara, la despedí diciéndole que yo le esperaría entre dos sauces junto á su fuente con Leonisa, que estaría avisada de todo.

Vino la hora, y dejando retirada á mi tía, me bajé al jardín á esperar á don Antonio, el cual vino, y siendo avisada de Leonisa, sintiendo abrir la puerta, le salí á recibir con los brazos, y él con los suyos me correspondió con muy amorosas razones exagerándome su dicha, y pidiéndome con ruegos premiara sus deseos, volviendo á revalidar la palabra que me había dado de ser mi esposo, haciendo testigos á los cielos y á Leonisa, de su cumplimiento, con que le dí entera posesión de mi honor. No tuvimos tan cumplida esta dicha que no sucediese que dándole un dolor de ijada á mi tía, achaque que padecía de ordinario, no despertase, y llamándome, conociendo mi falta, se levantó, y saliendo á una vistosa galería cuyas ventanas salían al jardín, viese, por estar Cintia en su plenilunio, nuestras personas, y dando muchas voces llamase á los vecinos

á su socorro: quien se ofreció más apriesa fué Matilde, que, como tengo dicho, vivía frontero, por lo cual fué de las primeras que acudieron á las voces de doña Bárbula. No se tardó mucho doña Juana con sus padres, por vivir muy cerca, llenándose en breve la casa, siendo fuerza á toda priesa el ausentarnos don Antonio y yo por la misma puerta del jardín, sin más prevención que la que nos dió lugar el suceso tan impensado de todos.

Llevóme á una casa de una deuda suya, y sin decirle quién yo era, prevenidos dos caballos salimos de Segovia antes del amanecer, siguiendo inusitados caminos, para no ser hallados si acaso nos siguiesen: llegamos á una población, distante de la ya dicha ciudad cinco leguas, y en esta, previniendo lo necesario para nuestra jornada, estuvimos dos días, en los cuales pedí á don Antonio hiciera nos desposase el cura, el cual me dió por disculpa que era fuerza verme alguno de mi patria, que por ser tiempo de feria acudían muchos mercaderes á este lugar á hacer sus empleos, remitien-

do esta diligencia, bien deseada de mí, para Sevilla, á donde dijo era nuestro viaje. Salimos, pues, de este pueblo un martes, que para mí lo fué, ya puesto el sol, y habiendo andado á mi parecer dos ó tres leguas, llegamos al bosque donde me hallásteis, cuando el cielo comenzó á fulminar gran copia de truenos y cantidad de relámpagos, que nos obligó á retirarnos entre lo oculto de unas coposas matas, para guarecernos de tan repentino accidente.

Bien habría más de una hora que allí estábamos, cuando llegándose á mí don Antonio, sacando la daga, me dió sin poderme defender las heridas que vísteis, y tengo por sin duda me acabara, si á este tiempo no sintiera ruido de unos arcieros que pasaban; con lo cual subiendo en su caballo y cogiendo del diestro el que para mí había comprado en Segovia, se partió á toda priesa, dejándome desmayada, hasta que á largo espacio volví, y no hallándolo y viendo que me iba desangrando, dí voces sin provecho; pero el cielo os trajo, y sintiendo los relinchos de vuestro caballo, os llamé, hallando en vos el

amparo que en el interin que el cielo me diere vida confesaré, para agradecerlo con las obras, que tan desdicha a mujer puede á quien debe la vida que goza.

Aquí llegaba la discreta Anarda, cuando vieron bajar de la cumbre de un monte dos gallardos mancebos, en dos famosos andaluces brutos; los cuales, así que fueron vistos de Anarda, fueron conocidos, el uno por doña Juana y el otro por Leonisa. Admirada de verdad quedó la dama de ver as en aquel traje; pero disimulando al tiempo que emparejaron con ellos, cubierto el rostro de Anarda, les preguntó Periandro á dónde caminaban, respondiéndole que á Sevilla, de donde eran naturales, y que venían de Segovia; aquí les preguntó lo que había de nuevo, ofreciéndoles su compañía junto con la de la dama, hasta la misma ciudad: respondióle doña Juana, agradecida á su oferta, diciendo: Lo que en Segovia hay de nuevo, señor, es que ha faltado una dama muy principal y rica de la casa de una tía suya, yéndose con cierto caballero sevillano, que dicen la sacó una noche por la puerta de un

jardín, por cuya falta, la tía de esta señora ha muerto de sentimiento, nombrándola heredera universal, con tal que se case con el sevillano; también se decía que de allí á dos noches faltó una doña Juana de Silva, que era grande amiga de esta dama, junto con una criada llamada Leonisa; no hemos sabido yo y este criado otra cosa, por partirnos muy apriesa á nuestra patria.

Disimuló cuanto pudo Anarda su sentimiento, y llegaron á un lugar, una jornada de Sevilla, donde descansaron, ofreciendo Periandro no desamparar á Anarda, hasta dejarla casada ó vergada, dándole cuenta ella de quién eran los pasajeros y ofreciendo este caballero el disimulo hasta su tiempo. Aquí le preguntó la dama quién era á Periandro, que aunque sabía su nombre, ignoraba su calidad y estado y la causa que le obligaba á dejar su patria, pues el traje lo publicaba extranjero, aunque el valor lo acreditaba propio; el cual, por pagarle la que le había dado, estando ambos solos satisfizo de esta suerte:

Roma, cabeza de la militante Iglesia, dig-

na corte del Supremo vice-Dios, es mi patria; célebre en gran leza, magnífica en suntuosos templos, madre y refugio de peregrinos, centro de la nobleza y epílogo universal de la hermosura; mi calidad, la que un tiempo se vió en la cumbre de la felicidad, alcázar de la dicha y en el sagrado monte de la mayor grandeza; esto es decirnos tuve ascendientes que ocuparon la excelsa silla de Pedro, sin segundo y primado apostol. Dejo de referiros mi educación, pues no se puede poner duda sería en todo correspondiente á mi naturaleza; pasando á lo más importante para no cansaros con mi narración, rico en bienes de fortuna, traté de los acostumbrados divertimientos que los de mi edad cursaban, como son damas, hacer mal á caballos y acudir á las casas de juego, si bien esto último fué lo que menos arrastró mi natural, inclinánlome más á los dos primeros vicios en que la ociosa juventud se ejercita; por lo cual, habiendo llegado á los cuatro lustros de mi edad, me cautivó la voluntad una principal señora y de la más conocida nobleza que se hallaba en mi pa-

tria; á esta, cuyo nombre es madama Victoria, de la esclarecida casa Farnesia, ví, quedando tan pagado de su hermosura, como cautivo de su discreción: fué bien admitido á los principios, si bien fueron presagio de desastrados fines. Había otro caballero alemán y de los de mayor calidad en aquel reino, cuyo nombre era Orac o Piccolomi, mi igual en sangre, aunque no en riqueza, pero en las partes personales muy aventajado; este puso los ojos en el blanco de mi deseo, imán de mi voluntad y centro de mi amor, por lo cual llegué á sentir el severo rigor de los bastardos hijos del vendado cipriota; era mi competidor dichoso, con que os digo que fué bien admitido. Curábamos la calle de mi esquivo dueño, procurando cada uno aventajarnos en el lucimiento, haciéndole yo conocidas ventajas por hallarme con más posibilidad. Acaeció, pues, que hallándonos un día en la plaza del embajador de Francia, mi competidor quiso oponérseme en cierta disputa, y aunque yo á los principios procuré obviar este lance, anduvo tan poco atento, que me obli-

gó á desmentirle, de que resultó el salir á campaña, donde nos acometimos tan valerosamente, que pudiéramos poner envidia al guerrero Marte; pero como estaba de mi parte la razón, tuve tanta dicha, que lo dejé mortalmente herido; y viendo el riesgo que corría mi persona si me detenía, acudiendo á mi po-ada, tomé el dinero y las joyas que pude hallar, partiéndome á toda priesa para España, dejando un papel escrito para mi dama, en donde le daba cuenta de este suceso. Llegué al cabo de algunos meses á la corte, en quien fuí agasajado de algunos príncipes de mi nación, y en particular del nuncio apostólico, por ser cercano deudo mío; solicitó este príncipe mi perdón del prudente monarca Felipe, pero no se pudo conseguir por ser la parte poderosa. En medio de estos ahogos supe como un deudo de mi enemigo había llegado de secreto á Madrid con intento de darme la muerte; esta nueva me dió un criado que se vino conmigo, el cual queda en la corte para informarme de los designios de mi contrario y mi deudo solicitando nuestras amistades y el perdón.

Yo, viendo mi riesgo, me determiné poner tierra en medio, y con ese caballo hice de noche mi ausencia hasta que llegué á Segovia, donde descansé dos días, en los cuales tuve aviso por mi criado cómo otro de mi contrario me seguía; por lo cual á toda priesa dejé la ciudad, siguiendo inusitadas sendas hasta que perdí el camino, llegando al monte donde pude serviros, dando gracias al cielo de haber sido tan dichoso.

Mucho gusto recibió la bella Anarda con la relación que Periandro la hizo de sus sucesos, dándole las gracias de haberla hecho depósito de su secreto. Pasaron aquel día en este pueblo, y puesto el sol, trataron proseguir su viaje: vió doña Juana á Anarda sin rebozo, y quiso conocerla; pero no descubrió su pecho, por hallarla algo demudada con la señal de la herida y en poder de Periandro, hombre que ella jamás había visto; lo mismo le sucedió á Leonisa, que aunque muchas veces quiso llamarla, lo excusó, imaginando no era posible fuese Anarda la que veía. Así pasaron sin declarar sus persuasiones hasta que llegaron á Sevilla,

madre de tantos naufragios, y archivo de tantas flotas.

En esta, pues, hicieron su asiento, y tomando Periandro posada competente, se acomodaron, despidiéndose de doña Juana y Leonisa por decirles ir en casa de un deudo suyo que les tenía prevenida posada en las de un perulero, hombre rico y de los de mayor crédito en aquella ciudad; quedando en que el tiempo que estuviesen en Sevilla se visitarían y asistirían en lo que se les ofreciese, sospechando Anarda si doña Juana venía en busca de su fugitivo amante. Cuidó Periandro con toda diligencia buscar á don Antonio en aquel laberinto de forasteros, sirviéndole de hilo para salir con su intento la introducción que tuvo, así con naturales como con extranjeros, con su natural bizarro y cortés agasajo. Hallolo en uno de sus muchos garitos ocupado en sus ejercicios, vicios que había de privar con toda severidad la república, como fuentes de los que ocasionan, que son deshonor y pobreza al que los cursa; que habiéndole avisado lo había menester en el arenal, puesto

acomodado para su propósito, se levantó don Antonio, diciendo á los tahures le traían una partida, y que el que se la había de dar se iba, causa de no poder proseguir, pero que volvería en breve con ella y proseguiría con mucho gusto, á que los camaradas le dijeron acudiese. y de paso uno le acordó la galantería que usaba en esperarle lo que le debía para conseguir la paga. Con esto salieron los dos al puesto dicho, y Perianandro rompió el silencio con estas razones.

Por saber no podeis negar lo que os preguntaré, os he sacado á este puesto. Y mostrándole los papeles que Anarda le dió que don Antonio había escrito, le dijo: ¿Conoceis esta letra? ¿Sabeis las obligaciones que á esa dama debeis? Responde. A que don Antonio turbado dijo no conocerla, ni menos la dama que le decía. Volvió Perianandro á decirle: No conoceis á la señora Anarda, que, creyendo vuestros fingidos halagos, os dió posesión de su persona, de vos tan agradecida, que la heristeis de muerte en lo oculto de un monte, y la dejasteis burlada procediendo contra las obligaciones de ca-

ballero, que decís que sois, y yo dudo viendo las acciones tan contrarias que decís? Aquí respondió don Antonio no debía tal, y que le satisfaría con la espada, á que Periandro satisfizo con la misma, dándole dos estocadas, de que cayó, pidiendo á voces confesión á tiempo que venían dos religiosos forasteros de la orden del humano Serafín, los cuales llegaron, con cuya venida se ausentó Periandro; y sin decirle la causa, previno para mudarse á Triana, dando por excusa que no le contentaba aquella posada. Dejemos ocupados á estos caballeros, y volvamos á nuestro herido don Antonio, el cual, viendo que por instantes fallecía su espíritu, le reveló al religioso todo lo que queda dicho, y le dió la mano para que en su nombre se la diera á Anarda, si es que el cielo le daba noticia de su persona ofreciendo el alma á su Criador en los brazos de aquel padre espiritual, el cual llegó á Sevilla, y dando cuenta al asistente, se enterró el malogrado don Antonio, haciendo diligencias para hallar el agresor; mas no fué posible por haberse mudado, como dijimos, á Triana.

No se descuidó fray Alvaro Cruillas, que este era su nombre, en buscar á Anarda; é informándole de su casa secretamente y de cómo se había mudado á Triana, la fué á visitar, hallándola en compañía de Perian-dro, que luego conoció el religioso, pero disimulando, vió como después de haberlos saludado le dijo á Anarda:

Todos los que ofenden al cielo tienen seguro el castigo, y particularmente aquellos que á las doncellas virtuosas y modestas inquietan; de esto os pudiera decir muchos ejemplos para su crédito; pero ¿qué mayor que el presente, pues á no venir yo á la sazón, pudiera ser padeciera el alma de vuestro difunto esposo eternas penas? Pero Dios, padre benigno, me trajo á tan buen tiempo, que satisfizo como pudo vuestro honor; para cuyo cumplimiento, señora, yo en su nombre os revalido la palabra que os dió, y juntamente os doy el pésame de su muerte.

Aquí comenzó á hacer grandes sentimientos Anarda, muestras de su amor, á que acudió el religioso con entrañables remedios para moderar su pena; en esto estaban cuan-

se vieron salteados de un tropel de ministros de justicia, que asiendo de Periandro, le llevaron en un coche preso á Sevilla, y á Anarda á casa del asistente, por ser esta la orden que traían, ofreciendo el religioso hablarle é informarle de todo.

Ya á esta sazón, doña Juana y Leonisa habían mudado de traje; y habiendo ido á buscar á sus camaradas, no hallándolos, fueron informadas cómo se habían mudado á Triana; y supieron estar Periandro preso; y Anarda en casa del asistente por la muerte de don Antonio. Hizo muchos sentimientos doña Juana así que le dieron tal nueva; muchos más hizo Leonisa, por no haber conocido á su señora, volviéndose á Sevilla á ver en qué paraban estas cosas.

No se descuidó el religioso de su oferta, pues habiendo vuelto á Sevilla, se fué al asistente, y le dió cuenta de lo que don Antonio le había dicho, y le suplicó fuera servido de librar á Periandro; estando en esta súplica, fué avisado el asistente cómo dos damas embozadas pedían licencia para hablarle, á que respondió luego se los daría;

despidiendo al religioso, ofreciéndole haría todo lo posible por servirle. Salió á una antesala, y dando silla á la embozada, oyó que decía:

— Mi nombre es doña Juana de Silva; mi patria esta gran ciudad; bien conocidos en ella mis padres por su riqueza y calidad notoria. Mudaron su casa á Segovia por ciertas disensiones que tuvieron con los Almagros, venticuatro muy antiguos, llevándome consigo, bien contra mi gusto, por quedar en ella don Antonio de Leiba, caballero en quien yo había puesto mis pensamientos. Poco más de dos meses había que en Segovia estábamos, cuando este caballero nos vino siguiendo, en donde proseguimos nuestros amores, con la palabra que me dió de ser mi esposo. Así pasé algunos días, en los cuales se entibió su amor, de suerte que me motivó á sospechar si tenía nuevo empleo; valime de una dama vecina mía, y á esta, declarándole mi pasión, le pedí se sirviera de que en mi nombre le llevara un papel una criada suya, que es la que viene conmigo, á que respondió con mucho despego,

por tener empleada su voluntad en esta dama vecina mía, cuyo nombre es Anarda. Aquí refirió doña Juana todo lo que queda dicho, hasta el hallarla con Periandro demudada por la señal del rostro, y prosiguió: He sabido, pues, señor, cómo el caballero que le acompañaba lo ha muerto por lo que á Anarda debía; y pues ha sido tan justo el castigo, me ha parecido informar á vuestra señoría para que como juez piadoso, ponga en libertad á este caballero, junto con Anarda, pues tan inocente parece.

Aquí llegaba doña Juana con su relación y súplica, cuando, levantándose el asistente, mandó llamar un escribano para que tomase por testimonio lo que doña Juana decía, y habiéndose hecho, la despidió ofreciéndola hacer con mucha brevedad lo que le pedía. Suplicole doña Juana al asistente le diera licencia de ver á Anarda, y él se la dió, avisando á su mujer para que la recibiera como á dama de su calidad; y siendo avisada que podría entrar, se despidió del asistente, que no la quiso dejar hasta ponerla en el estrado de doña Melchora de Guzmán, que este

era el nombre de aquella señora, la cual salió á recibirla con Anarda, hasta la puerta de la pieza, cortejo debido á señoras de su calidad.

Pasaron grandes pláticas Anarda y doña Juana, en las cuales le dijo cómo de allí á dos noches de su fuga con el malogrado don Antonio se había salido secretamente con Leonisa, que desde su falta había estado en su compañía; y valiéndose de Matilde, ella les había buscado los vestidos y comprado los caballos, habiendo empeñado una rica cadena que doña Juana le había dado, y que no pudiendo sufrir su ausencia Leonisa, y ella la de su Vireno, habían seguido el camino de Sevilla, habiendo primero escrito á un deudo suyo para que las tuviera prevenida posada; el cual le había reprendido su arrojo, pero que se había ofrecido disculparla con su padre para volverla en su gracia.


Mucho se holgó doña Melchora de conocer á doña Juana, por ser muy cercana deudada suya; envió un recado á su deudo diciéndole cómo quedaba en su compañía hasta

volver á Segovia, de que don Gaspar, que así se llamaba, recibió mucho contento, ofreciendo iría á cumplir con su obligación. Pasaron las damas muy contentas, y Anarda contó lo que queda dicho que le sucedió con don Antonio en el monte, hasta el haber sido socorrida de Periandro, su agasajo y cortés proceder; y queriendo doña Melchora que aquella tarde fueran en la carroza á divertirse en su compañía, entró un criado del asistente, diciendo á Anarda, que su señor la esperaba para dar sentencia en su negocio; alborozada salió, y llegando á su presencia, vió á Periandro junto con fray Alvaro Cruillas y dos caballeros forasteros con la insignia de Alcántara á los pechos, los cuales pidieron al asistente declarara, y él dijo:

Por haber sabido quién es la persona del señor Periandro Colona, esto dijo quitándose el sombrero, y prosiguió, el cual se ausentó de su patria por haber dado la muerte á don Oracio Picolomi, caballero de igual sangre y naturaleza, en desafío con armas iguales, por la cual muerte el Rey, mi señor,

lo ha perdonado, como consta por su real consejo, de que estos caballeros, esto dijo señalando á los del hábito, me han hecho relación; y habiendo visto que con iguales armas dió la muerte en esta ciudad á don Antonio Leiba, por ocasión de la señora Anarda de Bustos; con consejo, y usando de la potestad que el Rey mi señor me ha dado, en su nombre declaro y doy por libre al dicho Periandro Colona, junto con Anarda de Bustos, para que hagan lo que les pareciere. Y aquí, mudando la severidad de juez en palabras de amistad, les dijo que su parecer era que Periandro diese la mano á Anarda, la cual con algunas lágrimas se resistió por haber perdido á don Antonio: tanto era el amor que á este caballero tuvo; pero viendo que se lo suplicaba de rodillas Periandro y aquellos caballeros, junto con el asistente, la dió; en cuyos desposorios se halló doña Melchora y doña Juana, que tambien se desposó con don Gaspar, habiendo primero precedido la dispensación de su Santidad, volviendo todos cuatro á Segovia, casando Anarda á Leonisa conforme á su

estado, y doña Juana socorriendo á Matilde todo lo que duraron sus días con mucha largueza, gozándose sus padres por ver á su hija tan á su gusto acomodada; tomando posesión Anarda de su herencia por haber probado el cumplimiento de la palabra que don Antonio le dió con fray Alvaro Cruillas, varon ilustre en letras y santidad, haciéndose en Segovia grandes saraos, donde concurrió toda la nobleza á cortejar á tan grandes caballeros.



ARDID DE LA POBREZA

Y ASTUCIAS DE VIRENO

ARDID DE LA POBREZA

Y

ASTUCIAS DE VIRENO

POR

D. ANDRÉS DE PRADO

natural de Sigüenza.

Zaragoza, imperial y siempre augusta ciudad, corona del fileísimo reino de Aragón, amparo de las x'ranjeras naciones, archivo de la justicia, en quecida con el sin segundo templo que á la reina de los angélicos coros erigió el peregrino Apostol, patrón de la celebrada España, que hoy en un pilar, columna firme á sus vaivenes, benigna le asiste; erario y sublime mausoleo de tantos ilustres mártires, que por ser tantos el número no comprende, ni la aritmética al-

canza; patria y madre de venerados santos y de heróicos varones, que con lo prodigioso de sus hechos han hecho inmortales sus nombres; en esta, pues, por la muchedumbre de mendigos que la inquietan, moscas á todos tiempos de las casas, sin hallar invierno que las ahuyente, se juntaron en las orillas del ya dicho río cuatro pobres cosarios de toda dádiva, y representantes eternos de la miseria en el teatro de la vida.

Era el uno andaluz, según decía; este contaba haber estado en Flandes, y que en cierta batalla que tuvo con un tercio de valones sobre un desgarró que tuvieron con el Tiempo, general antiguo de su milicia, se vieron en tanto aprieto, que si él no los socorriera con dos mangas perdidas de su tercio, era imposible escaparlos del rigor del capitán Polilla, enemigo capital suyo, con quien tuvo tanta hinchazón su persona, que aún le duraba en una pierna, columna en quien sustentaba su cuerpo, cuba de Sahagun, siem re respetado por puro, de cuya puridad tenía un ojo tan señalado, que parecía haber nacido en vendimias por criarse

tan lagar. Tenía grandes habilidades, pues hacía cantar gallos sin ser media noche, dando con ambas manos y remedando su canto, y esto era para descubrir dónde habitaban las que él no comía, aunque pescaba, por haber nacido tan valiente.

Era el otro un estudiante que había cursado en Grecia, porque nadie lo entendía, aunque él se entendía demasiado; este contaba que había estado á pique de ser canónigo, y era tanta verdad, que á no faltarle dinero, lo hubiera sido por Yepes y Madrigal y la calle de la Ilarza, tan celebrada de aquel famoso escribano, afrenta de Morante y terror de Casanova; gran cofrade de los pan y vinos, gentileshombres de su estómago; era maravilloso herbolario, y curaba muchas enfermedades del bazo con su cotidiano ejercicio; y si alguno moría, solía decir: Así convino para el descanso de su alma. Llamábase por antonomasia el Dómine, renombre que había adquirido por su pura severidad.

El tercero, que lo podía ser de cualquiera renegado por sus flores, iba hecho un cajón

de sastre en su persona, por tanta diversidad de remiendos en capa y vestido de diferentes colores; este decía haberse visto en su patria bien acomodado, y no mentía, por haber andado lo más á caballo por su oficio, que había sido cochero tan diestro, que por dar una vuelta por las cortinas del coche, sin llevar medias ni vueltas, lo habían puesto de vuelta y media en solfa bien cantada, si mejor entendida de los que le vieron, cuando le cortejaron doscientos cardenales que el papa correa le envió el día de su mayor lucimiento, por ser persona digna, como constaba, de su compañía, en cuyo día se vistió un jubón, que le hizo sudar por ajustado, gala que le dejó el talle liso como la palma, gracias á sus hijos, digo los dátiles, que pusieron todo cuidado en su adorno; algunos maliciosos dijeron iban corridos los cardenales; y es que se encendían y mudaban colores, viendo la dicha de este caballero; pero ellos no se fatigaron, que fueron con mucha orden y concierto.

Era el cuarto y último de esta junta una estantigua por lo flaco y figura de la pareca;

este cantaba y contaba, por hablar en tiple, que había sido lucido ingenio en sus verdes años, que el tiempo había agostado con sus vueltas; decía haberse visto cortejado y requerido, así de damas como de galanes, por haber sido célebre poeta, y de los de nombre, habiendo oscurecido con el suyo á los más memorables de nuestros tiempos; y á la verdad era un remendón de Helicon, y pato en las corrientes cristalinas de Aganipe.

Estos cuatro, pues, se habían juntado á decretar el modo que tendrían para sustentarse á costa de la diligencia de los otros pobres, harto más necesitados que no ellos por sus verdaderos achaques. Dijo el Sargento, que este era el nombre del primero, era su parecer que el señor estudiante fuera el secretario, por cuya cuenta corriese el tomar por arancel todos los nombres de los otros mendigos, y que los forasteros estuvieran obligados á registrarse para saber cuántos se aumentaban en tan honrado colegio, dándole oficio de pesquisidor y visitador de parajes al cochero, para que descontara á pié lo que había vivido á caballo, pues

tenía noticia dónde le apretaba el jubón, y no los zapatos, porque no los traía por no ponerse en puntos con vinagres, por lo que tienen de cuero. Diéronle la plaza de entretenido en todos puestos al poeta, nombre propio de mendigo, pues ninguno es rico con haber hecho tan linda hacienda, que se ve alabada de muchos, cantada de algunos y codiciado de otros, adquiriendo siempre el nombre de buen caudal, sin tener un cuarto. Quedándose para sí el Sargento con la sobrebevia, digo soberanía, el título de archipobre, como si dijéramos archipoltrón en esta vida descarada, pues no se les cae, pidiendo siempre. Distribuyendo las calles por cédulas, como 'puestos en fiestas de toros en la corte para que no se toparan estos pozales humanos al sacar, dándoles el método de su mano, y refrendado del secretario en la siguiente forma:

Primeramente, sea estatuto inviolable entre nosotros, que todos nuestros colegiales y compañeros se hagan sordos al «Dios te perdone;» porque los tales viven, y esa es rogativa para los finados.

Item, que ninguno tome tabaco en público, por quitar la común costumbre á los oyentes del «Dios te ayude,» y se lo llevan cabo adelante al tiempo que les pedimos, imaginando que estornudamos, siendo nuestras voces las que les obligan á estornudar á sus bolsas.

Item, ninguno pida cantando como aleman, pues estos más provocan á risa que á lástima; y solo sea lícito á las damas que viven cantando, y á los clérigos que se sustentan de lo que otros lloran, juntamente con los médicos y cirujanos.

Item, sea lícito á nuestros colegiales el fingir llagas, remedar cojos, y remedar mancos, sin que por ello sean castigados, pues son juro de la pobreza aprobados y consentidos.

Item, en las sopas de los conventos y de las casas particulares, el que más veces pudiese tomar, lo haga, pues ve que todas las cosas se mudan, y en los áridos, etc.

Item, bien mirado que somos muchos, me ha parecido repartir las calles más principales, y valiéndome de la facultad que tengo, las distribuyo en esta forma:

La calle de la Ilarza sea reservada para mi persona tan solamente, pues en ella tengo mi gozo, que no será aguado mientras no salga.

Tambien la de San Pablo con sus bodegas y cubas, en las cuales no puedan entrar mis colegiales sino con mi persona, pagándome los gastos que en ellas hiciere.

Lo restante de la parroquia sea visitado de nuestro secretario, sin inquietud ninguna; la del coso, con sus callejuelas de Santa Catalina, sea de nuestro hermano el poeta, para que tengan a gún alivio las musas en sus fatigas.

Y la callejuela de Monserrate, con la plaza de Santa Marta, quede para el cochero, sin entrar en la calle Mayor, por no traerle á la memoria sus prosperidades, y ocasionarle se desvanezca de pensar en ellas con los que suelen ir por esta tan bien cortejados, que los salen á ver de propósito, alabando sus talles y gentileza.

Así repartió el archipobre las calles, quedándose con facultad de enmendar y corregir dichas constituciones, que juraron sobre

la horterera de guardar los dichos colegiales, quedando de verse cada ocho días en el mismo puesto, á que dieron nombre de nuevo arcópagó, para conferir sus leyes, despidiéndose cada uno para acudir á sus puestos señalados.

CASOS RAROS QUE LE SUCEDEN AL LICENCIADO VIRENO, LLAMADO EL DÓMINE POR ANTONOMASIA

Vivía en una de las calles de nuestro licenciado una señora viuda, al parecer, con dos hijas doncellas, probadísimas y codiciadas de muchos, sirviéndoles la madre sombra, para que los rayos de la malicia no las ofendieran y para que á esta tuvieran sus entretenimientos, que no eran muy lícitos. Llamábase la mayor Olimpa, si no tan burlada como la de su nombre, tan gozada de muchos y deseada de otros. La segunda, y menor en la edad, era su nombre Lucrecia, pero sin Tarquino, pues nadie le había hecho fuerza á su entereza ó rotura. A estas vió nuestro licenciado, y llegando con la sumisión ordinaria á pedirles limosna, Olimpa,

que era de su natural caritativa, desnudando la blanca mano, le dió al pobre licenciado un cristalino cintarazo, que le llegó á las niñas de los ojos, á que el dicho, viéndose herido, hizo esta redondilla:

Para que el mundo te aclame
Serafín el más humano,
Con tan peregrina mano
No me hieras, pero dame.

No lo dijo tan bajo que no lo entendiera Olimpa, y alabando la lisonja, le pidió si quería enseñarlas á leer á ella y á su hermana, á que se ofreció muy gustoso, diciendo que ese había sido su ejercicio en Madrid en casa de los mayores señores, de quienes se había visto estimado, y que por ciertos intervalos estaba con la miseria que le veían; pero que algún tiempo podría ser volvería á verse en su primer estado, ofreciendo traerles dos libros para que aprendiesen los primeros rudimentos, á que doña Sofía, que así se llamaba la madre, le dijo, dándole cuatro reales: Usted los compre y acuda á casa, que yo le satisfaré su trabajo. Con esto se despidió Vireno, quedando en

volver á la tarde, entrándose las damas en su casa alabando Lucrecia y Olimpa el buen modo de Vireno, diciendo doña Sofía: Ya teneis, niñas, lo que deseabais, pues este señor os enseñará todo lo que tanto habeis pretendido.

Llegó la hora de las cuatro, en que nuestro estudiante fué á esta casa con dos romanceros que había comprado, alabando la claridad de su autor, y ponderando el romance de Valdovinos, las traiciones de Galalón y astucias de Carloto, con los amores del conde Claros, que con mucho regocijo fué recibido de Olimpa, que la halló sola, por haber ido doña Sofía con su hermana á cierta visita: y habiendo tomado silla á su lado, la comenzó á exagerar su hermosura y de paso alabarle un rosario de finos arambres que al brazo tenía con una preciosa imágen de oro de nuestra señora del Pilar, esmaltada con algunos rubíes, á que Olimpa, desasiéndole del brazo, se le ofreció, diciéndole se sirviera de él; algo rehusó nuestro Vireno; pero notando que el segundo convite no le tuviera en su mano, y habiénd-

dolo besado muchas veces, se lo puso en la faldriquera diciendo, era echarle una cadena para confesarse esclavo de su libertad, en tanto que el cielo le diese vida. En esto estaban, cuando fué avizada que le venía una visita, y preguntando Vireno si embarazaba, fuéle respondió que no, por ser una amiga de muchos días y muy entretenida; por lo cual, componiéndose la esperó nuestro licenciado.

Entró Tirse, que este era su nombre, haciendo paraiso la pieza, y habiendo sido saludada de Olimpa y Vireno, les preguntó en qué se entretenían, á que respondió Olimpa ser el señor licenciado célebre poeta. No le contentó mucho á Tirse el renombre, por ver estaría bálía su habilidad, que era la de sacar con tanta admiraci6n, que á Midas y á Salazar los hubiera hecho Alejandro; pero consolose con que el poeta, si quería, le podía dar á una dama las perlas de Ceilan para los dientes, el oro de Arabia para los rizos, la nieve de los Alpes para el rostro y manos, el blando céfiro para el g-rbo del talle, el azabache para cejas, ojos

y pestañas, con todos los atributos para una perfecta belleza; y mudando el ceño que le había ocasionado su facultad en halagüeño cortejo, le dijo: Mucho me huelgo estés tan bien acompañada de este caballero, pues yo ha muchos días deseaba hallar uno de sus prendas para empeñarle en ciertos versos que me ha de hacer, dándole el asunto, que es alabar la liberalidad de una amiga mía, que es en tanto grado su largueza, que no solo regala y acaricia con los favores, sino también con las dádivas; pues se extiende hasta darle los cortes de diversas telas para su adorno, de que estoy admirada. No tiene usted de qué estarlo, replicó Vireno que en las historias antiguas y modernas se halla no ser esa dama el fénix, pues vemos que dieron estas, no solo favores, pero dádivas, y yo que soy el más mínimo de los hombres, pudiera decir he hallado deidad, que no solo me ha favorecido, pero dado alguna alhaja de valor. Bien hubieran hecho estas razones salir colores á Olimpa, si no los reprimiera por estar Tirse delante, la cual dijo: No tiene usted que encarecerlo,

que yo, con ser en la edad rapaza, he conocido algunas. No lo digo por tanto, acudió Tirse, que yo lo creo, y suplico se me haga favor de los versos que le he pedido. Respondió Vireno: El nombre de esa dama y caballero he menester, que lo demás correrá por mi cuenta. A que Tirse dijo: El nombre de la dama se encubre con el de Anarda, y el del caballero se disimula con el de Fuentes, apellido del valeroso conde de ese título, cuyos ardimientos han dado tantos timbres á nuestro monarca. Está bien, dijo él, quedando al otro día el dar las décimas, de que se mostró muy gustosa Olimpa, por haber acreditado lo que había dicho á Tirse. Así pasaron entretenidos hasta que se llegó la hora en que había de venir doña Sofía con Lucrecia, con cuya venida se ausentó Vireno, quedando volver al día siguiente, diciendo á las hermanas tuvieran prevenida la lección.

No estaban á esta sazón baldíos los camaradas de nuestro licenciado, pues el Sargento no había dejado de hacer de las suyas, y el cochero por su paraje de dar sus vueltas,

y el poeta con su entretenimiento había juntado muy buenas blanquillas, pero no tan buenas para pañales á recién nacidos como para su estómago. Había este héchose villancista, con que no le dejaban los ciegos, con quienes tenía hecho asiento, y le iba muy bien. Componía en tono grave, y enseñaba á rezar con eco y gesto de facciones, que era cosa bien ridícula; hizo unos versos á San Jerónimo, que habían hecho tanto ruido como su poeta, que, si mal no me acuerdo, decían:

LETRA Á SAN JERÓNIMO, DOCTOR DE LA
IGLESIA, ETC.

Aunque el discurrir me aqueja,
Cantaré por ejercicio
De aquel santo que aconseja
Para v vir con juicio
Tenerlo siempre á la oreja.
En un monte sol tario
Grande penitencia hacía,
Huyendo del mundo vario;
Y en Roma entonces podía
Estar como un vicario.
Con un pedernal herir
Solía á veces su pecho;
Y así quiso persuadir
Que le hizo gran provecho,
Pues lo pudo digerir.
De una espina un león herido,

A este gran doctor llegó,
Y siendo de él socorrido,
Hecho un cordero quedó
Para servirle valido.

Era gran ciceroniano,
Y amigo de leer en él
Siendo en este error humano,
Y para sa arie de él
Mandó Dios darle una mano.

Si al dormir de Dios el ceño
Lo sacó de horrores tales,
Al mirar su desempeño
Conoci por as señas
Que no era cosa de sueño.

Penitencia de tal suerte
Por vicios del mundo hacía,
Que en su retrato se advier e
Que en este mundo te ía
Muerte en vida, vida en muerte.

Hizo en diversos lugares
Altares al Rey del cielo,
Dando al demonio pesares,
Que le murmuró en el suelo,
Aun viéndole hacer altares.

Y viendo tanta rencilla,
Jerónimo á su contrario
Quiso darle una papilla;
Armóse con su rosario
Y metióse en la capilla.

Disimularon los oyentes los yerros que
advirtieron en la letra, y él prosiguió.

Ya á esta sazón Vireno había hecho los
versos, yéndose en casa de Olimpa, en la cual
halló á Tirse, que ya le esperaba cuidadosa
de si cumplía lo que le había ofrecido, el

cual saludándolas cortés, y habiendo sido correspondido, sacando del pecho unas cartas vijas, les dijo: Ya tienen ustedes, mis señoras, lo que me han mandado, si bien se habrá de copiar, por estar en borrador y hacer yo la letra no muy buena: achaque de mi calidad encubierta. Detuvieron la risa, oyendo la ponderación en un hombre que de todo lo que llevaba no se podía hacer una mecha á un candil; pero él, arqueando las cejas, dijo: Atención, por mi amor, que las décimas dicen:

Anarda la dadivosa,
En el mundo singular,
Que es mucho que llegue á dar
Una mujer siendo hermosa:
De amor prenda generosa,
Que con manos excelentes
Hoy tu riqueza en corrientes
Rauda es la desperdicias,
Y con tan grandes primicias
Creeen los rios y fuentes.
Créce tu liberal mano,
Por dar á tu madre un yerno,
El terciopelo en invierno,
El tafetán en verano;
E te busca ortegano,
Y tú sustentas su porte;
Mas justo es que se reporte
Aquí tu acción liberal,
Que este mal no es tan gran mal

Que necesite de un corte.

Dádivas quebrantan peñas,

Suele el adagio decir,

Pero suele divertir

Al que conoce sus señas:

Mira bien á qué te empeñas

Y no te des á partido,

Porque es afán deslucido

Del amor, y no o dudo,

Que él le pretenda desnudo,

Y tú le busques vestido.

Tirse, tu amiga, dirá,

Si aquesto la comunicas,

Que es bajeza, pues te aplicas

A quien te tiene, y no da:

Concluída quedará

Aquí tu razón, sin duda;

Y si es que acaso te acuda

A responder por tí sola,

Dirá que rueda la bola,

Que á quien muda Dios le ayuda.

Estimó mucho Tirse las décimas, y enca-
reció lo bien escrito con algunos hipérboles,
muestras de su agradecimiento, ofreciendo
traer algunos versos del correspondiente de
Anarda para otro día, y para agradecer
á Vireno el cansancio, le dijo se sirviera de
una curiosa sortija que en su mano lucía á
vista de los esplendores que ostentaba cán-
dido hechizo de los ojos y perfección atrac-
tiva de la voluntad, á que Vireno hizo esta
redondilla:

Niña, que el amor prohija,
Y á serviros me abalanza,
No diréis sois mala lanza,
Pues me llevo la sortija.

Con mucha risa fué aplaudida la redondilla de las damas, y queriendo despedirse Tirse, le suplicó Vireno la diera licencia de acompañarla, que por pedirlo Olimpa, hubo de consentir; y habiendo pasado la tarde con algunos chistes, se despidieron, quedando en verse para el día siguiente.

Iba nuestro licenciado acompañando á Tirse, y sucedió haber de pasar por una de las calles del presidente, y por no descubrir á Tirse sus pactos, hubo de hacerlo, aunque contra su voluntad, porque acertó á topar con el Sargento, que llegándose á ellos, les dijo: Usted, mi señora, socorra á un pobre soldado, que en servicio de su rey ha recibido muchas heridas. Rióse Tirse de oírle contar batallas, cuando sabía que jamás las había tenido sino con Longares y Cariñena, en dondese había señalado mucho, pues todo lo había tomado á pechos, diciéndole: Bien se conoce que usted ha peleado mucho y con

muchos, pues las pintas del rostro nos lo dicen. ¿Y cómo, mi señora? Esto del ojo fué una bala de artillería, que si no fuera ser valientes mis pestañas, que con un abrir y cerrar la ahuyentaron, lo hubiera perdido. A fe que tiene mal ganado, respondió Tirse, pero quédese á Dios, y tome para que les pueda dar fuerza. Esto dijo dando e unos dinerillos que el Sargento recibió, diciendo: Loado sea el hijo de María, que á los postres del día tope un hombre al principio de lo que desea; y se entró en una ermita á dar gracias. Fuéronse dando carcajadas Tirse y Vireno, y llegando á su posada, dijo: Esta es, señor licenciado, mi pobre choza, para lo que se le ofreciere. Despidióse, quedando verse el día siguiente y acordando los versos á Tirse.

Gustoso al parecer estaba, pero como todos los gustos son vísperas de pesar, le sucedió que pasan lo por una esquina, le ceceasen de una reja baja, á la cual se llegó, y oyó que decían: ¿Es don Francisco? A tiempo que mudando algo la voz, respondió: El mismo. Pues esa es la muestra; usted

haga como la concierten, que mi señora doña Anastasia lo estimará. Y á este tiempo le pusieron en la mano una bolsa de ámbar, esrelada de oro, que el licenciado tomó, y dijo haría la diligencia, y cerrando la ventana, se quiso ir, á tiempo que se vió embestir de un bulto, que con una espada y un broquel á toda priesa le seguía; mas dejándose caer, dijo no debía ser él á quien buscaba, á cuyas razones el contrario conoció su inadvertencia, y diciéndole se levantase, se despidió; pero diciéndole estar herido, le pidió perdonase, y conociéndolo por pobre, le dió un bolsillo con algunos de á ocho para su cura; así se retiró á su posada Vireno, y llamando á un cirujano, le halló una pequeña herida en la mano izquierda, que le curó, dejándolo hasta otro día.

Pasó algo inquieto la noche, cuidadoso de qué podía venir dentro de la bolsa, y luego que amaneció la miró, hallando en ella una muestra de reloj harto curiosa, si bien de poco valor; consolóse con la segunda, por hallar en ella hasta cien reales en moneda doble, que aunque estos le costaron sangre,

los estimó más, por ser adagio común que lo que vale mucho, etc. Vino el cirujano, y diciéndole no ser cosa lo de la mano, se vistió con intento de no dejar de oír los versos del galán de Anarda; y habiendo comprado una banda negra para sustentar el herido brazo, llegada la tarde, se fué en casa de Olimpa, que la halló algo melancólica, y preguntándole la causa, dijo ser haberle hecho falta cierta paga que le habían de hacer, y hallarse empeñada en dar veinte de á ocho por un treudo que aquella casa hacía; á que el licenciado respondió: No se fatigue usted, que yo me atrevo á buscar el dinero. Cierto lo estimaré, respondió Olimpa, y correrá por mi cuenta la satisfacción, pero mire que se han de dar cuanto antes se pudiese: ¿No le parece á usted que como se dén el domingo está bien? Sí, señor, respondió Olimpa; pues descuide. Aquí llegaban de su conversación, cuando entró Tirse, tan bella como ella misma, que no hay más que encarecer; y habiendo tomado asiento, dijo: Ya tengo acá los versos. Pues veámoslos, pidió Olimpa. Diciendo Tirse: El asunto es

el no poder ver á su dama un galán por estar indispuerto del achaque de habersele encarnado una uña del pulgar del pié derecho; los versos dicen:

Temiendo, Anarda, tu enojo,
La disculpa te he de dar,
Que no irte á visitar
Es por andar de pié cojo.

De un dedo carne me aruña
Una uña desigual,
Que he dado en quererla mal,
Siendo los dos carne y uña.

Mas en mi desdicha veo
Te tienes, niña, de holgar;
Pues llegarás á alcanzar
Saber del pié que cojeo.

Porque bien claro se ve
Que, aunque lo llegue á encubrir,
No ha de llegar á sufrir
Esta duda estar en pié.

Y aunque estoy muy satisfecho,
Remedio no he de tener,
Que estoy en pié á padecer
Condenado por derecho.

Pero confié más, pues
Me dicen y me dan gusto,
Que suele al que calza justo
Irsele este mal por piés.

Yo colijo de su trato
Y de su buen proceder
Que quiere darme á entender
Dónde me aprieta el zapato.

Pero dicen mis barruntos,
Viendo sus grandes aceros,
Que un hombre hace mal con cueros
Llegar á ponerse en puntos.

Celebró mucho Vireno las redondillas, diciendo: A vista de esto, ¿qué quiere usted luzca, siendo todo resplandores? Bueno, bueno, dijo Tirse; dejemos eso, y díganos qué le motiva el traer esa banda. Eso mismo quería yo preguntar, dijo Olimpa, que me ha hecho novedad. No es cosa respondió Vireno, lances que suceden á los hombres. Siempre habrá sucedido por alguna dama, dijo Olimpa, que las mujeres de muy antiguo nos viene el ser origen del daño. Levantóse Vireno, y quitándose el sombrero, dijo: No había reparado, perdonadme, Señor, que estaba divertido, pues diciendo el Evangelio, me estuve con tanto descuido. Bueno, bueno, dijo Tirse, bien acredita usted lo que es tan contra las señoras mujeres. Esto ha sido chanza, respondió, que ya saben les soy muy aficionado. Pues ¿qué ha sido lo de la mano? volvió á preguntar Tirse. A que respondió: Yo lo diré en una redondilla.

Lo de la mano es muy llano
Que fué caso contingente,
Pues por hallarme corriente,
Pude ponerlo en la mano.

Vitor, dijeron las damas; llévese usted el laurel de los poetas. Cese, dijo Vireno, la alabanza, que es poner ramo, etc.

No espere el lector que diga que nuestro licenciado les dió de merendar á estas damas, aunque me oiga decir que las regalaba con estos platos compuestos, pues los poetas no dan manjar menos costoso. Básteme decir, que él tomara si le dieran, como se ha visto; y habiendo recostálose el sol en las bien mullidas espumas, trataron de irse cada uno á su posada.

No se descuidó de hacer la diligencia que Olimpa le tenía encomendada, y para buscar los veinte de á ocho se valió de esta astucia.

Tenía, como hemos dicho, aquella muestra de reloj Vireno, y para buscar los veinte de á ocho hizo esto: llegóse en casa de un famoso relojero de los más hacendados, y habiéndole saludado, le mostró la "nuestrecilla, diciendo: ¿Qué le parece á usted, señor maestro, de esa muestra? Buena, respondió; pero se ha de limpiar, que está algo tomada del tiempo, y es poca curiosidad te-

nerla así. Pues usted lo haga, que yo volveré por ella. Está bien, dijo el maestro; siempre que usted quisiere podrá, que esto es negocio de media hora. Despidióse con esto volviendo muy puntual; y habiéndola alabado y exagerado su fineza, le satisfizo y dijo: Usted me ha de hacer favor de tenerla á la vista, porque yo querría deshacerme de ella. ¿Pues cuánto diremos? preguntó el relojero. ¡Oh, señor mío! respondió, es alhaja que la estimación hace el precio; pues cierto que he vendido yo otras algo mejores por cinco escudos. Guarda la cara, dijo Vireno; no señor, más me costó á mí en Venecia de un insigne artífice: no la ha de dar usted menos de treinta de á ocho, y es darla por un pedazo de pan, y á más que si no se vende, esta no le puede á usted hacer gasto: tén-gala á la vista, y á quien diere lo que digo, déla, que yo satisfaré el agasajo. Está bien, dijo el maestro, pero juzgo será tarde. No importa, ¿qué le hemos de hacer? respondió el licenciado. Y con esto se despidió, y trató la venta de la muestra de esta suerte.

Pasaba á la sazón por Zaragoza un caba-

llero sevillano, llamado don Francisco de Chaves, del hábito de Santiago, el cual iba á hacer las pruebas de este hábito para don Rodrigo Arbizú, que á la sazón se hallaba en Sevilla, á Pamplona, cabeza del nobilísimo reino de Navarra; á este vió nuestro Vireno con grande acompañamiento de pajes salir de Nuestra Señora del Pilar; y llegándose á uno de ellos; tuvo noticias de la calidad, nombre y prendas de este caballero; y haciéndosele enconradizo, lo saludó diciendo: ¿Es posible, señor don Francisco, que tengamos tanta dicha de verle á usted por esta tierra? ¿Cómo queda el señor don Alonso de Chaves? Admirado quedó el forastero de oír su nombre y el de su padre en hombre, que á su parecer, jamás había visto, preguntándole: ¿Pues quién es quien tantas honras me hace? No me admiro que usted no me conozca, que ha muchos días que falto de Sevilla; pero si el señor don Alonso me viera, presto me conocería; yo soy hijo segundo de don Baltasar Alderete, veinticuatro bien conocido. Y como que lo es, respondió don Francisco, y el mayor

amigo que tiene mi padre; y usted debe ser el señor don Juan, que ha tantos años que allá no se sabe de su persona. El mismo, acudió Vireno, que travesuras de mozo me tienen en este estado. Cierto que me he holgado mucho por llevar tan buenas nuevas al señor don Baltasar de que se me haya ofrecido esta comisión, dijo don Francisco. Yo soy el que he tenido la dicha, respondió Vireno, y más por hallarme en cierto empeño de que usted me ha de sacar. Y como que sacaré, dijo el forastero, todo lo que usted tarde en declararse será hacerme muy poca merced. Pues, señor, el caso es que cierta dama ha apetecido una muestra de reloj que está en casa del artífice; el cual llegando yo á comprarla para servir á esta dama, me ha pedido un excesivo precio, tanto, que me he llegado á enfadar viendo su necedad, porque os aseguro que no vale de treinta de á ocho adelante, y el me pedía cuarenta con un desuello increíble; por lo cual, amigo y señor, vos me habéis de hacer favor de ir y concertarla en treinta de á ocho, dando estos seis de señal, dejando di-

cho que al que llevara la resta se le entregue. Esto dijo, dándole á este caballero los seis referidos que aunque lo rehusó diciendo que él los daría no quiso consentir, diciendo: para mayores cosas quiero yo los amigos, que esto es una chuchería. Y dándole las señas de la muestra y de la bolsa, se despidió, habiéndole dicho la casa del relojero, quedando verse á la tarde en Nuestra Señora ó en Santa Engracia, adonde dijo este caballero podría ser iría á visitar aquel *Non plus ultra* de los erarios y archivo de las mayores reliquias del mundo.

Fué don Francisco á la casa del relojero, y habiendo visto la muestra, y conociendo ser aquella por las señas de la bolsa, la concertó en los treinta de á ocho, dando los seis de señal, y dejando dicho que se la diesen al que trujera la resta, y se partió á ver lo más notable de aquella ciudad.

Admirado quedó el relojero de ver que se había vendido aquella muestra en tan excesivo precio; y así, quiso tener algún logro en ella, diciendo no haberla vendido sino en veintiocho de á ocho; pues le pare-

ció era repagarla, y que dándole á Vireno esta cantidad luego, no haría reparo, y el no podía perderle por tener la señal dicha. Estando discurrendo esto acertó á pasar Vireno, al cual llamó y le dijo: ¿Qué le parece á usted señor licenciado? ya tiene vendida su alhaja. Siempre habrá hecho usted de las suyas, dijo el licenciado. ¿Cómo? replicó el maestro, juro á Dios que se la han repagado á usted. ¿Y en cuanto ha ido? le replicó riéndose; en veintiocho de á ocho, que le aseguro que no entiendo en qué puede estar tanto valor; cierto es que usted no lo entiende, que si lo entendiera, no hubiera hecho tal disparate; quédese á Dios, que voy de prisa. Oye usted, dijo el maestro ya está hecho paciencia; si quiere el dinero véalo. Echelo acá, dijo Vireno, que yo le aseguro sea la última alhaja que á V. le encargue. Y habiendo recibido los veintiocho de á ocho, le dió dos diciendo: Tome para unas perdices, que aunque me ha desabrido, no quiero se queje de mi galantería; y adios que me esperan; dejándole muy contento por ver cuán bien le había salido su traza.

Sin detenerse se partió en casa de Olimpa, á quien dió los veinte de á ocho que ella recibió con muchos encarecimientos, diciendo: Muy puntual sirve usted á quien tan poco debe. Déjate, niña hermosa, de eso, y perdona la llaneza. Bueno está eso por mi vida, dijo Olimpa; así gusto yo que me traten los que me hacen favor. Estimo el agasajo, respondió el licenciado, y dándome licencia, me voy poco á poco á comer. Si usted es servido, ya sabe que la olla de viuda no puede ser muy regalada. Yo lo estimo como si lo comiera, dijo él; quédate á Dios hasta la mañana, que esta tarde estoy un poco ocupado. Está bien, dijo Olimpa. Yéndose á su posada, de la cual salió en busca de don Francisco dadas las cuatro, guiando por la calle de la Pelota á Santa Engracia: no se detuvo en esta, lo uno, por no ser aficionado, y lo otro, por no ver murmurar faltas ajenas á los que viven tan descuidados de las suyas.

Llegó á aquella portentosa fábrica, y habiendo encontrado á don Francisco en la portalada, después de haberle saludado, le

dió las gracias de la puntualidad con que había ejecutado lo que le suplicó, y se pusieron ambos á mirar y admirar juntamente aquel sin segundo milagro de alabastro y portentosa ejecución del arte; visitaron lomys célebre de este templo, y se admiraron viendo en las argentadas lámparas un milagro continuado, pues, siendo el fuego causa de dos efectos, allí solo se advierte el de lucir sin sombra por faltarles el humo, que don Francisco celebró con debidas admiraciones; adoraron las sagradas testas de aquellos tío y sobrina, honor y lustre de la nación lusitana, junto con la del famoso labrador Lamberto, cuya heróica planta se cortó en buena luna, pues goza del eterno sol; también el *lignum crucis*, pectoral que fué del santo rey don Fernando Católico, catecismo de nuestra fe; las masas tan celebradas de aquellos fieles sin número, la preciosa imágen del corifeo de los ángeles Miguel, cuya hechura es preciosa por su materia, y sin precio por su dibujo, timbre del arte, dechado de la perfección; pasaron al interior de la casa, celebrando la libre-

ría por la diversidad de sus cuerpos y compostura de libros. Bajaron á sus claustros á hora que ya la noche se venía, con que se despidieron de los religiosos, dándoles las gracias de haberles mostrado tanta grandeza; y queriendo irse á su posada, no lo consintió don Francisco, diciéndole que por ser la última noche que había de estar en Zaragoza, le honrase sirviéndose de su mesa; hubo de consentir nuestro licenciado, yendo á la posada de don Francisco, en donde hallaron una espléndida cena; y después de haber cenado, se fué á su posada Vireno, quedando, que si acaso volvía don Francisco por Zaragoza, podría ser irse en su compañía á su patria, y á la despedida lo abrazó este caballero, diciendole había de partirse antes del amanecer. No se holgó poco cuando oyó era tan apriesa su partida, temiendo que por este medio podría ser, si se estaba más días, se sabría lo del reloj; fue se gustoso á su posada á esperar el día, para con él ver á su Olimpa, juzgando estaría quejosa de tanta ausencia.

Levantóse muy de mañana, y al tiempo

de salir de su posada topó con el visitador de parajes, el cual le dijo no dejase de acudir á la junta el domingo, que era el día siguiente, porque había muchas novedades, pena de incurrir en la desgracia del archipobre, y que se haría un castigo ejemplar en su persona si faltaba; ofreció hacerlo, y despidiéndose de él, guió á la casa dicha; entró en ella, siendo recibido de doña Sofía y sus hijas con mucho regocijo, llamándole su valedor, su amparo y remedio; tanto adquiere un agasajo hecho en oportunidad; y habiendo tomado asiento, le pusieron una bien compuesta mesa con dos pastelones, uno de salmón, y otro de anguilas, diciéndole tomase aquel desayuno, y perdonase el atrevimiento. Bueno, bueno, dijo Vireno, esto es mucho para quien tan poco merece como yo. Déjese usted de eso, dijo doña Sofía, y almuerce, que esta es corta paga para lo que le debemos; almorzó con mucho gusto, y á los postres vino doña Tirse, que fué bien recibida de todos, á quien nuestro Vireno hizo esta redondilla:

Tu venida, Tirse mía,
No me ha cogido en ayunas;
Que tan lindas aceitunas
Pueden ser postres del día.

Con encarecidos hipérbolos celebraron la bien dicha redondilla, diciendo Tirse: Siempre los postres suelen ser los mejores, aunque por mí no se puede decir, pues al fin de las mayores finezas he hallado el más infeliz postre que se pudo dar á mi voluntad. ¿Pues cómo? dijo Vireno; ¿tan mal ha correspondido? No es posible sea hombre de obligaciones. Aun por tener tantas hechas, me veo con tantos ahogos, respondió ella. Cierto me pesa, dijo Olimpa, pues no eres digna de tales enfados. ¡Qué quieres, amiga! dijo ella, somos desdichadas las que nacemos enamoradizas. Y como que lo son, dijo Vireno: yo tuve un aficionado mío de mucha edad, y tan cabido con las damas, que ninguna le cerró la puerta; y esto era por haber guardado toda su vida tres cosas. ¿Y cuáles eran? preguntó curiosa Olimpa. Las de no querer, creer, ni burlar á una dama. No me parecen muy mal, dijo Tirse,

las dos, segunda y tercera, pero la primera no apruebo, porque donde no hay voluntad, mal se ejecutan las obras; las dos quisiera que se me declararan. Las tres explicaré brevemente y atención:

Querer á una mujer, decía, no lo haga ninguno, porque son tales como la mona, que conociendo que un hombre la teme, lo que es en la mujer quererla, lo araña, lo cuca y lo muerde: esto es en la mujer, se burla, se mofa y hace chanza de sus amenazas, pareciéndole le tiene tan presa la voluntad, que no se ha de poder desasir por más que haga, por no privarse de sus cariños.

Creerla, menos, porque ninguna habla verdad; esto no se entiende con las mujeres de pundonor, como ustedes, y los mismos cariños usan con Juan que con Francisco en pagárselos, que hasta esto lo han hecho granjería.

Burlarla, tampoco, porque los tales perros suelen llevar maza, que á puros golpes avisan á los demás, con que la que una vez se ve burlada, no se deja engañar segunda.

Y en cuanto lo que usted ha dicho del quererla, digo que será justo que se quiera, pero que no se diga, y sáqueme de este ahogo Góngora, donde dice:

Manda amor en su fatiga

Que se sienta y no se diga.

Porque yo no he de seguir la conclusión que dice:

Pero á mí más me contenta

Que se diga y no se sienta.

Por ser esto último el crédito de la segunda propuesta de mi amigo.

A fe que no era bobo el tal que llama usted bobo; podía leer cátedra á los novicios en el arte; era perro viejo, y sabía mucho. ¿Y cómo que sabía? dijo Tirse; yo me hubiera holgado conocerle, para no haber dado en este barranco de afición tan ciega, que por serlo se pasa con perros, que le sirven de guiarla al precipicio; pero yo abriré los ojos, que más vale tarde que

nunca, pues dice el adagio: Quien yerra y se enmienda, etc.

Así pasaron hasta la hora del medio día, en que se despidió nuestro licenciado, diciendo tenía mucho que escribir aquella tarde por haberse de hallar en cierta junta el domingo, donde habían de concurrir los mayores hombres del mundo y haber de dar su parecer.

Aquí fué donde tuvieron por hombre sabio en leyes al señor licenciado estas señoras, á causa de no entender su facultad, cobrándole nueva afición, porque á esta gente jamás le faltan barajas, acariciándolo de nuevo Tirse, por si acaso se le ofrecía haberlo de menester en sus trabajos; que las tales siempre tienen uno de cada facultad para sustentar su arte. Despidióse dejándolas gustosas de su empleo.

Llegó el domingo, y con él la hora en que se había de hallar con sus camaradas, que ya lo esperaban, y el Sargento sacando un papel, leyó:

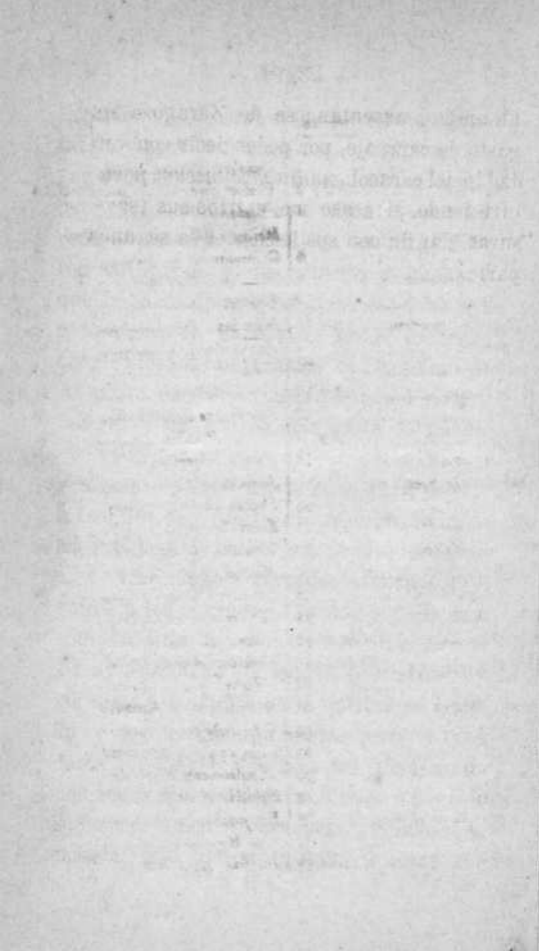
CARGOS QUE SE LE HACEN Á NUESTRO SECRETARIO EL DOMINE POR OTRO NOMBRE

Primo, ha delinquido nuestro secretario en entrar en una de mis calles, y yo soy el testigo, que le topé. Tambien dijo no ser culpa suya, sino el ir acompañando á una dama. No obstante, replicó el presidente, ha de pagar usted la mitad de lo que yo gasté. Está bien, soy contento, dijo el secretario; dígalo usted con verdad, pues ve me fio de ella. Señor, yo bebí cinco tazas sencillas, que á buena cuenta tocan á ustedes las dos y media, y media por haber incurrido, son tres. No son sino dos y media, replicó. Sí son; y de unas razones en otras se empeñaron, conque dándole un sopapo nuestro licenciado, se alborotó el cortijo; y el archipobre voceando: Resistencia y ayuda al colegio, acudieron todos. No lo apaciguaron tan á solas que no se hallaran dos ministros de alguacil que habían salido á caza de gangas, y topando esta, se metieron á desplumarla, los cuales asiendo de nuestro

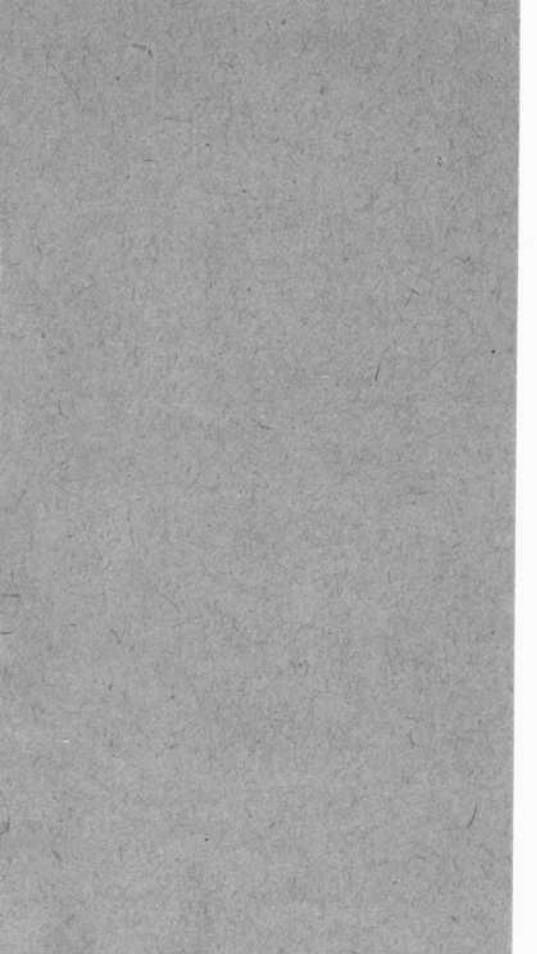
licenciado y del Sargento, que estaba amostazado hasta las narices, los quisieron llevar á donde la sal es lo mejor que tiene; pero reconociéndole las faldriquetas á Vireno, le hallaron el bolsillo, que ellos dijeron ser hurtado y que conocían al dueño, y que le había de acordar; mas dándoles dos empujones de buen aire, se les escurrió, acogiéndose á los palacios de Castellan de Amposta, donde se aseguró de aquel riesgo.

Estuvo en este palacio hasta la noche, que salió con intento de verse con Olimpa y trazar el modo que tendría para cobrar los veinte del préstamo ya referido. Por las más ocultas calles que pudo se fué á su casa, y hallándola cerrada, admirado preguntó á los vecinos la causa, y fuéle respondido estar la madre y las hijas presas y muy apretadas, la madre por tercera, y las hijas por primas de la música de Cupido; y que juntamente habían preso á otra dama por haber sido la total ruina de un hombre casado, llamada Tirse. No quiso saber más nuestro licenciado, y yendo á su posada, dijo que se quedaba á cenar con

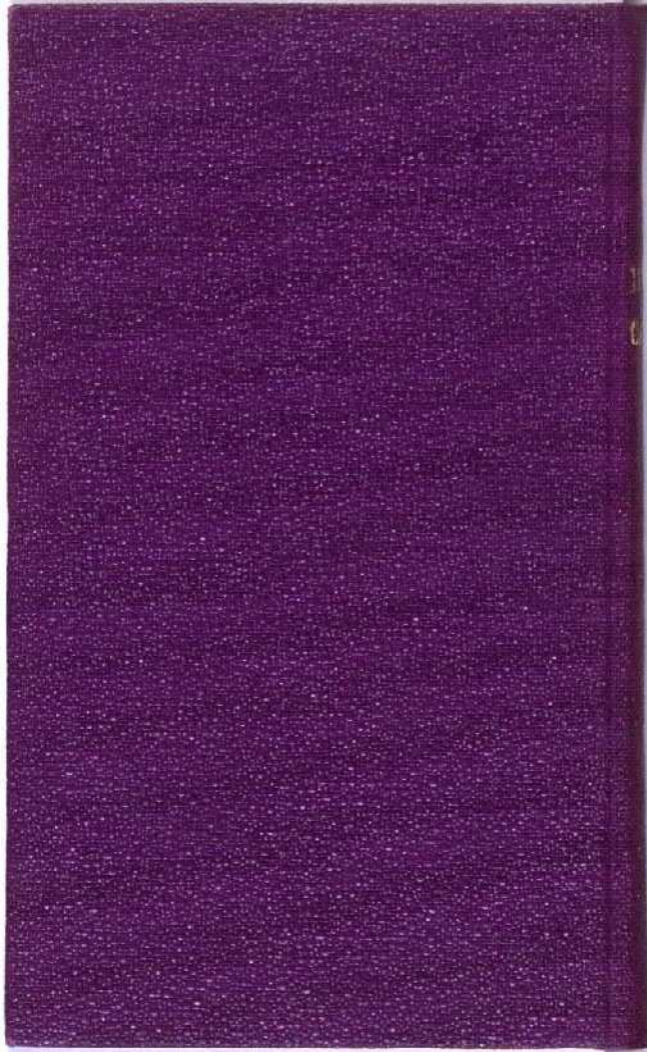
un amigo, ausentándose de Zaragoza sin gasto de carruaje, por poder decir con verdad lo del caracol: *omnia mea mecum porto*; ofreciendo, si acaso me escribe sus travesuras, dar fin con sus hechos en la segunda parte.







E.102
287



BEFORE

UNITED STATES

111